



ANTOLOGÍA
**UN MUNDO
SIN DEPORTES**

ANTOLOGÍA
UN MUNDO SIN DEPORTES

Decana

Ayelen Sidun

Vicedecano

Carlos Ciappina

Jefa de Gabinete

Antonela Zaffora

Secretaria de Decanato

Gisela Sasso

Secretario de Asuntos Académicos

Martín González Frigoli

Secretario de Investigaciones Científicas

Leonardo González

Secretaria de Posgrado

María Elisa Ghea

Secretario de Extensión

Ezequiel Bustos

Secretario Administrativo

Federico Varela

Secretario de Finanzas

Facundo Ochoa

Secretario de Derechos Humanos

Jorge Jaunarena

Secretaria de Género

Gabriela Chaparro

Secretario de Producción y Vinculación Tecnológica

Pablo Miguel Blesa

Director de la Editorial

Ulises Cremonte

Un mundo sin deporte / Andrés López ... [et al.]. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-34-2154-3

1. Periodismo Deportivo. I. López, Andrés.

CDD 070.449796

Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste

Editorial de Periodismo y Comunicación

Diag. 113 N° 291, La Plata 1900, Buenos Aires, Argentina.

+54 221 422 3770 Interno 159

editorial@perio.unlp.edu.ar / www.perio.unlp.edu.ar

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata



**FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACIÓN SOCIAL**



**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN Por Felipe Alonso	8
PRÓLOGO Por Andrés López	10
LLORA LA PELOTA, LLORA LA PASIÓN Agustín Vignau	14
57 AÑOS DESPUÉS DEL COVID-19, 57 AÑOS SIN FÚTBOL por Daniel Martínez	17
DE LO QUE YA NO QUEDA Franco Pereyra	20
ALGO MÁS QUE FÚTBOL Juan Bautista Paiva	23
BALDIO Segundo Bloom	28
EL DISFRAZ DE UN PASADO DE MUSEOS Camila Balbuena Faccio	30
EL DÍA SIGUE SIENDO GRIS Joaquín Pereyra	33
EL BARRA DE LA BARRA Ricardo Mirco	36

ENEMIGO INVISIBLE Luciano Ezequiel Zaffiro	38
LA CHISPA QUE PROVOCÓ UN INCENDIO Ezequiel Sebastián Ramírez	40
ESTADIOS VACÍOS Noelia Elizabeth Zapico	43
LA CARTA Valentín Gambella	46
DEMOLIENDO CLUBES Camila Ramenzoni	49
LA PASIÓN OLVIDADA Ariel Pinus	52
NO QUIERO SER COMO ELLOS, QUIERO SER FELIZ Paola González Redes	55
SILUETAS Luis Rivera	58
EL TERCETO DE ORO Marcos Ariel Caresia	61
UN PASATIEMPO EXTENSO Leandro Agustín Di Girolamo	64
UN CUMPLEAÑOS Jehiel Agustín Ojeda	67
VUELT@ Laura Corriale	71

LA CORRIDA Nicolás El Lakkis	74
YA NO SIENTEN LA PASIÓN Perla Antonela Fernández	77
INCONSCIENTE COLECTIVO Andrés Tula	80
LO QUE NO CORRESPONDE Felipe Alonso	82

INTRODUCCIÓN

POR FELIPE ALONSO

Este libro se pensó y gestó durante la pandemia, cuando el COVID-19 obligó a parar la pelota y nos hizo vivir, entre muchas otras cosas, un mundo sin deportes.

Tomando eso como punto de partida, desde la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, ideamos una convocatoria conjunta e interclaustró para escribir ficción a la que respondieron estudiantes, graduados/as/es, docentes y nodocentes.

La iniciativa, como no podía ser de otra manera, incluía jugar en equipo. Por eso, se unieron para llevarla adelante la coordinación de la Carrera de Periodismo Deportivo, el Departamento de Graduados, Ediciones de Periodismo y Comunicación (la editorial de nuestra Facultad) y el Centro de Estudiantes que conduce la Agrupación Rodolfo Walsh.

Este libro incluye decenas de relatos que surgieron durante el aislamiento y que tienen a la pandemia y al deporte, directa o indirectamente, como protagonistas, en donde conviven autores con experiencia y varios libros publicados con otros que presentan aquí su primera experiencia literaria.

“Un mundo sin deportes” es la primera publicación de nuestra Facultad en el imponente mundo de la literatura y el deporte, esos campos que durante mucho tiempo quisieron presentarnos como incompatibles a pesar de que existían y existen incontables ejemplos –muchos de ellos maravillosos- de esta relación.

Siempre estuve convencido que el deporte no solo es tema para las historias que muchos crearon, y muchos y muchas otras pueden crear, sino una llave funda-

mental para sumar a otros y otras al ejercicio de la lectura y la escritura. Ojalá estos relatos sirvan para darme la razón. Pasen y lean.

PRÓLOGO

POR ANDRÉS LÓPEZ

“El género humano está en casa, repatingado, atento a la pantalla o al locutor, cuando no a la prensa amarilla”, escribieron Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares en *Esse est percipi*, un maravilloso cuento que se publicó en los años '60 y que pareció un anticipo de lo que nos tocó vivir más de medio siglo después, en un 2020 que quedará en la historia como el año de la pandemia. Y el año en el que además, tuvimos que vivir en UN MUNDO SIN DEPORTE.

Borges y Bioy habían imaginado (y escrito) que el fútbol había pasado a mejor vida, que aquella pasión de multitudes le había dado paso a un género dramático, que solamente existía en los micrófonos y en las pantallas de los medios de comunicación. Y como ocurre con algunos genios de la literatura, eso que parecía una fantasía de repente se transformó en realidad.

El COVID-19 entró sin pedir permiso y transformó nuestra vida de una forma que nunca hubiésemos pensado. Nos obligó a repetir términos como distanciamiento, barbijo, cuarentena, tapabocas o aislamiento, a repensar todas nuestras prácticas, a reducir nuestra vida social y a protegernos dentro de nuestros hogares. La educación, el trabajo, la vida misma se mudó puertas adentro, mediada por pantallas y por la tecnología.

La televisión, entonces, echó mano a los archivos. Una y otra vez apareció el Mundial 86, el 78, el 2014, los partidos de la época en que se jugaban partidos. Porque jugarse al fútbol no se jugaba. Ni al fútbol, ni al básquet, ni al rugby, ni al tenis, ni el hockey, ni al handball, ni al voley... No se jugaba, no había deportes. Si hasta los Juegos Olímpicos tuvieron que suspenderse. El periodismo deportivo tuvo que

sacar conejos de la galera para sostener espacios sin contar con su insumo básico y fundamental.

En tiempos de protocolos, la humanidad conoció lo que era el Zoom, el Meet y otro tipo de plataformas que permitieron hacer entrevistas, armar programas de radio y TV, hasta entrenar dentro de casa. Fueron tiempos de reinventar prácticas, de adquirir nuevos saberes aceleradamente, de apostar por la creatividad.

En ese marco surgieron los textos que le dan forma a este libro, motorizados por la impronta de Felipe Alonso en su seminario CUENTOS DE LA PELOTA, que ya es un clásico de la Tecnicatura Superior Universitaria en Periodismo Deportivo, la carrera que desde 2009 se dicta en la Facultad de la Periodismo y Comunicación Social de la UNLP.

Docentes, estudiantes y profesionales formados en la Facultad se prendieron a la propuesta, que contó con el impulso de la Agrupación Rodolfo Walsh y que propuso que, si no se podía jugar en la cancha, sí se podía jugar desde la escritura, jugar con las palabras, jugar con la imaginación.

Los relatos que vienen son obra de Camila Balbuena Faccio, Segundo Bloom, Marcos Caresia, Laura Corriale, Leandro Di Girolamo, Nicolás El Lakkis, Perla Fernández, Valentín Gambella, Paola González Redes, Daniel Martínez, Ricardo Mirco, Jehiel Ojeda, Juan Bautista Paiva, Franco Pereyra, Joaquín Pereyra, Ariel Pinus, Camila Ramenzoni, Ezequiel Sebastián Ramírez, Luis Rivera, Andrés Tula, Agustín Vignau, Luciano Zaffiro y Noelia Zapico. Son 23. Un plantel completo para salir a jugar en cualquier cancha.

El director técnico, por supuesto, no puede ser otro que Felipe Alonso. El que tiró la propuesta, el que invitó a seguirlo, el que supo amalgamar plumas experimentadas con el entusiasmo de quienes se animaron a escribir un relato por primera vez. El resultado es este libro que vale como refugio y también como testimonio. Como

prueba irrefutable de que, aun en los peores momentos, siempre se puede apostar por la ilusión.

LLORA LA PELOTA, LLORA LA PASIÓN

AGUSTÍN VIGNAU

“Nada es lo mismo sin fútbol, la vida no es la misma sin fútbol”, dice la famosa canción que escribió Joel Jauregui. El mexicano, sin saberlo, se adelantó 15 años al sentimiento por el que pasamos miles de fanáticos del deporte rey. El covid-19 llegó este 2020 a nuestras vidas y como dice Joel, la vida no es la misma sin fútbol.

La llegada del covid-19 paralizó todo. Entre estallido social y crisis sanitaria, a la actividad le quitaron muchas horas de vida. A los fanáticos, le quitaron ese motor que los motivaba diariamente, les entró un gran vacío en sus vidas. Así como lo están las tribunas, los campos de juego se tomaron un descanso, los botines se guardaron, y la pelota está llorando. Hoy todos somos uno y los colores quedaron de lado porque el vacío es igual para todos los apasionados del deporte.

La que también sufre este parate es la pelota, la que muchos la llaman caprichosa, pero su llanto no es por capricho. Lloro la pelota y tiene argumentos, llora por dolor, llora extrañando el vaivén que ejecuta de un pie hacia otro, besando el verde césped de la cancha. Lloro ella, y llora el fútbol.

Lloro al ver como por un desconocido los estadios se quedan vacíos. Lloro al ver que ese padre no puede llevar a su hijo al estadio, como esa mujer sufre desde su casa al ver que ella no regresa a rodar, con ese chico que no se perdía un partido de su equipo, ya no regresará porque se lo llevó ese maldito virus.

Lloro y se pregunta hasta cuando, lloro y piensa en todos los muertos a raíz de este virus y le aterroriza la idea que pueden ser más.

La caprichosa entiende, la caprichosa siente dolor al ver como va perdiendo protagonismo en los medios, viéndose desplazada por las noticias de la actualidad sobre el covid-19 al que no le encuentran solución.

La pelota no se mancha dijo el Diego, pero hoy vemos que, lamentablemente, esa afirmación se tira por la borda, porque el balón está manchado. Manchado por las lágrimas, manchados por el dolor, manchado de la suciedad que le genera alrededor de sus cascos por el desuso. Por eso la pelota llora, por eso ella derrama sus lágrimas.

La pelota llora y tiene miedo. Su miedo, es el miedo mío, es el miedo tuyo, es el miedo de todos los futboleros. Tiene miedo de que las canchas dejen de contar con la presencia de los hinchas, tiene miedo de que el virus nos deje sin los apasionados del fútbol, tiene miedo de que el fútbol, deje de ser fútbol.

La pelota pide que en estos momentos de pandemia tomemos conciencia y nos cuidemos para que pronto pueda volver a sonreír ella y podamos volver a sonreír nosotros, los futboleros.

La cuarentena sigue y todos sentimos ese vacío que genera el llanto de la pelota, no sabemos si vamos a volver a llevar a los nuestros al estadio nuevamente, por eso es que lloramos, porque el fútbol es nuestro refugio y está en todas partes. En las charlas que tenemos con la gente, en las camisetas, en los cortes de pelo, en las zapatillas. El fútbol une, somos todos iguales, no existen clases sociales. Llega un clásico y no hay nada más maravilloso que un clásico, tu equipo hace un gol y se lo gritás al vecino, hay gente que los lunes falta a su trabajo para que no lo carguen, eso es el fútbol.

En la cancha todos nos abrazamos con desconocidos y ni a nuestros viejos les dimos esos abrazos, eso tiene el fútbol. Por eso es que llora la pelota, por eso es que lloramos los futboleros. Estamos ante el partido más difícil de nuestras vidas y nadie sale campeón solo, y hoy tenemos el partido más difícil que nos haya tocado vivir,

porque los futboleros no sabíamos lo que era extrañar, hasta hoy. Extrañar la pelota, la previa al partido, el abrazo de gol y como duele.

57 AÑOS DESPUÉS DEL COVID-19, 57 AÑOS SIN FÚTBOL

POR DANIEL MARTÍNEZ

Te leo esta carta porque esa personalidad picara, algo resabiada pero muy noble en algunas ocasiones me recuerda a mi infancia, por supuesto, con sueños completamente diferentes a los tuyos y con una infancia que hoy por hoy parece de película. Aunque en este momento parezca algo loco de pensar, mi infancia fue muy alejada a los celulares, computadoras, consolas de videojuegos y todos esos aparatos con los que pasás horas.

Mi infancia fue en las calles de mi barrio junto a cinco amigos y a pesar de haber una gran variedad de juegos, nosotros solamente queríamos jugar fútbol.

Antes de continuar leyendo la carta que le había escrito, Ezequiel me interrumpió para preguntarme:

-¿Fútbol abuelito? ¿Qué es eso?-

Estas dos preguntas me impactaron, no podía creer que el deporte que era mi vida entera hasta mis 20 años y que me regaló tantas alegrías, tristezas, momentos de gloria y de amargura fuera completamente desconocido para una nueva generación.

Con un nudo en mi garganta le respondí.

-El fútbol era mi vida, ¿recuerdas?, alguna vez me viste sentado en mi sillón viendo un partido de fútbol y me preguntabas que era eso.-

-¡Ah sí abuelito! Ese deporte. Pero no sé por qué ese simple deporte les hacía tanta ilusión.- me respondió con un tono algo descalificador.

-No lo entenderás. Ese simple deporte no era solamente mi vida, era la de millones de personas en el mundo, era el sueño de grandes y de chicos, de hombres y

de mujeres; el fútbol era una ilusión para naciones enteras. Ese deporte atravesaba cada fibra de nuestro cuerpo y nos hacía vibrar, era una montaña rusa de ilusiones, que así como te podía hacer tan feliz, así mismo te podía hacer tan triste.-

-Pero ¿que le veían de interesante a eso que no les daba una estabilidad emocional y solamente jugaba con sus sentimientos? que aburrido.-

-Te dije, no lo vas a poder entender. Te voy a mostrar videos para que veas lo que era, no te prometo que no vaya a llorar-

-Está bien- me respondió con cierta incertidumbre.

Decidí buscar unos videos que tenía guardados. Fui hasta mi habitación y debajo de mi cama saqué una caja donde guardaba mis recuerdos más preciados, es decir, cualquier cosa relacionada con el fútbol. En un pequeño pendrive tenía guardado partidos que tanto me gustaba ver para aprender cuando estaba en la Universidad y no me pasaba por mi cabeza lo que iba a suceder con el deporte luego del covid-19.

Una vez conecté el pendrive a la computadora, busqué la carpeta llamada "Barcelona Pep".

-¡Uy abuelo eso es muy viejo!-

- Si, lo sé, pero lo tengo grabado en mí memoria como si hubiera visto esto hace unas semanas-

Antes de poner algún video le expliqué un poco del fútbol, en qué consistía, cuál era su fin y detalles que era importantes para entender el juego.

Le di click sobre uno de 93 videos que tenía del Barcelona de Pep Guardiola.

-Mira, este equipo de azul y rojo, se llama Barcelona. Este equipo que estás viendo es quizás uno de los mejores de la historia, lo que jugaba este equipo era una cosa de locos, era algo de no creer.-

Luego de 6 minutos sin decir ni una sola palabra, Ezequiel no se aguantó más y me dijo:

-No abuelito, que es eso tan aburrido, esos manes solo se pasan esa cosa redonda entre ellos y ya, los otros solo corren y ni la tocan ni nada, eso ya me aburrió, que pereza.-

Nunca creí que iba escuchar esas palabras. Estaba atónito con lo que decía este muchacho. No soñé hablar así del fútbol con mi nieto, es una pesadilla, maldito Covid-19, como nos arruinaste la vida.

-No Ezequiel, no puedes decir eso por favor. Los dioses del fútbol deben estar en Wembley llorando.-

- Ay abuelito, Wembley ahora solo es una ruina, eso está a un soplo de caerse por completo.-

Cada palabra que me decía Ezequiel era un golpe a mi alma, no podía creerlo, ni el entendía por qué se me escurrían las lágrimas. Como me dolía el alma. Si, tal era mi dolor y mi melancolía que ya me dolía el alma.

Ansioso quería mostrarle videos del Liverpool de Klopp, de la hazaña del Leicester 2016, del Real Madrid 2014, de la España 2010, de esa Alemania del 2014, pero no, él no iba a entender así sentara al mismo Ronaldinho frente a él a explicarle que era el fútbol.

Inexplicablemente la vida nos cambió por completo, no merecíamos tal castigo de Dios. Nosotros pagamos todo el daño de la humanidad. ¿Tan malos fuimos para merecer esto? ¿Por qué a nosotros?

DE LO QUE YA NO QUEDA

FRANCO PEREYRA

Viernes 8 de Mayo de 2021

A mi amigo Pedro

y a quién comparta el sentimiento:

¿Cómo estas querido amigo? Por acá se te extraña mucho, como siempre. Tu viaje a Alemania se ha extendido un poco más de lo que tenías pensado, ¿no? El verdadero quién pudiera. Bueno, quizás no tanto por el motivo que te llevó a quedarte tanto tiempo allá, pero en fin, ahora que te queda un pequeño tiempo en Stuttgart ojalá los puedas disfrutar.

¿Ya te dieron la vacuna? Por acá tanto a mí como a Delfina ya nos la dieron, para Bastian tenemos turno en unos días, viste que para los más chicos no es tan urgente (aunque es igual de necesaria).

Te mando esta carta por dos motivos: el primero es porque se me rompió el celular y no puedo mandarte whatsapp, y como sabrás nunca fui muy amigo de las computadoras como para enviarte esto que escribo por mail, así que decidí hacerlo como lo hacia la vieja escuela: papel, lápiz y a la mierda.

El segundo es el verdadero motivo por el que quería hablar con vos y es que al día de hoy estoy muy triste: ¿te acordás cuando hablábamos en la adolescencia, después de jugar un picadito, de lo feo que sería un mundo sin fulbito? Bueno, parece increíble que esté pasando lo que era nuestra peor pesadilla. Yo no sé cómo serán las cosas allá, ¿pero decir que hacer deporte es imposible en esta nueva normalidad? ¡Si el deporte es lo más sano y hermoso que hay! Gritar un gol, hacer un triple, meter un

ace o conectar un cross de derecha, decime si no es sano. Da bienestar loco, ¿como puede ser posible que no se permita estar bien?

Acá en Argentina la cosa esta jodida en cuanto a eso, el otro día a un vecino se lo llevaron detenido por ir pateando una piedra que se cruzó en su camino. Si, sé lo que pensás, parece joda. Pero te juro que fue así, tremendamente exagerado y nefasto. Para colmo hay gente que está de acuerdo con esto, yo digo que esos no corren ni el colectivo, y eso que yo estoy cerca de los 100 kilos eh.

Eso sí, ¿la canchita de Don Miguel? ¿Qué estaba media escondida? Bueno, esa sigue funcionando. La cerró toda entre paredes, reja y todo lo habido y por haber y labura clandestinamente. Bah, clandestinamente, yo creo que alguna tramoya deber tener con las autoridades porque todo el barrio sabe lo que pasa ahí. De todas formas no afirmo ni niego haber ido alguna que otra vez, pero si Delfi se entera me mata, no le gustan ese tipo de cosas. Pero yo no puedo imaginarme una vida sin pegar una patada o sin errar un gol sin arquero.

Los tiempos cambian amigo mío, y que vos no estés conmigo hace todo un poco más difícil. La genta ahora prefiere quedarse en el sillón jugando al FIFA todo el día por culpa de la falta de deporte, y ojo, que a mí también me gusta jugar a la play, pero no es lo mismo, no siento ni la misma adrenalina ni la misma pasión, porque yo no estoy haciendo nada más que mover el analógico y apretar el botón correcto, e incorrecto también.

Yo no sé que nos depara de acá a un futuro, no quiero hacerme la idea de un mundo sin deporte, mucho menos sin futbol. Para colmo, hoy se cumple año de que lo mataron al Trinche Carlovich. ¿Te acordás de quién es? Una vez te pasé un informe sobre él, el Diego decía que había sido mucho mejor que él jugando, y que quería volver a tener 20 años para entrar a una cancha. Si estuviera acá, estaría sufriendo más que nosotros.

En fin hermano, te dejo, espero que para la próxima ya tenga mi celular arreglado, porque me duele la mano de tanto usar la lapicera. Y ojala más adelante, al reencontrarnos, todo este sufrimiento haya terminado y podamos volver a las canchas, a intentar jugar un fulbito más.

Fraternal abrazo de gol, de los que ya no quedan.

ALGO MÁS QUE FÚTBOL

JUAN BAUTISTA PAIVA

Todo comenzó durante los últimos días de la primavera del año 1932. Cerca de la ciudad de La Plata, más precisamente en Magdalena. Allí nació Rodolfo Rey. Por aquellos días Magdalena era un pequeño pueblo donde las personas se conocían entre sí y todos los trabajos estaban vinculados a la tierra o la cría de animales. La familia Rey era una de las más conocidas, desde hacía ya más de veinte años tenían una cantina ubicada muy cerca de la avenida principal. El lugar era atendido por Elvira, que tenía más de diez hermanos y era hija del propietario, un reconocido comerciante magdalenense.

Rodolfo era el hijo mayor de Elvira, y desde muy temprana edad su pasatiempo favorito era jugar a la pelota con sus amigos de la cuadra donde vivía. Pero especialmente con uno de sus tíos, Ramón, que además era un jugadorazo conocido por todos gracias a la potencia con que le pegaba a la pelota y se cansaba de hacer goles. Un fuera de serie por aquellos tiempos.

Todos los días Ramón pasaba a buscar a Rodolfo en bicicleta y lo llevaba en el canasto a los partidos que los muchachos organizaban en la cancha del Fútbol Club Magdalena. Los partidos se sucedían uno tras otro de lunes a viernes luego del horario de la escuela y antes de la hora de la cena, cuando las madres mandaban a sus hijas a buscar a sus hermanos para que vuelvan a la casa.

Y los fines de semana era el turno de los torneos. Durante toda la década de 1930 y hasta finales de los años 1940, los torneos de Magdalena reunían a los mejores equipos de fútbol de todos los pueblos de la región. Ramón por aquel entonces era un adolescente y Rodolfo día a día iba dejando atrás su niñez. El roce en los partidos

lo hizo forjar un carisma que combinaba el buen humor para hablarle a sus compañeros y el saber tomarse las cosas con calma. Una tranquilidad que fue adquirida como una de las principales enseñanzas de su tío.

Una vez, un representante de Racing fue hasta Magdalena en busca de Ramón para que se probara en las inferiores del equipo, que ya por aquel entonces era un grande del país. Pero él no quiso saber nada, el viaje en micro hasta La Plata y de ahí en tren hasta Avellaneda ya le parecía demasiado desgaste para hacer lo que más le gustaba en esta vida. Así que dijo que no. Luego de aquel episodio, y hasta el día de la fecha, nunca se vio a un emisario de uno de los grandes ir a Magdalena con tanta decisión de llevarse a una joven promesa. Una vez, uno de sus hermanos llamado Atilio, hizo el cálculo de cuántas horas Ramón jugó a la pelota. En ese instante se dio cuenta del porqué de aquella visita del emisario de Racing. Ramón y Rodolfo habían estado más de cuatro mil horas jugando en la cancha del FC Magdalena.

Con el paso de los años, Rodolfo se convirtió en un joven que nunca dejó de jugar al fútbol, pero ya no lo hizo más en su pueblo, sino que jugaba en el club Villa Iris de La Plata. Viajó por toda la provincia de Buenos Aires participando de torneos. El apodo con que se lo conocía dentro y fuera de la cancha era "Fito", y su posición era la del antiguo número ocho. Un perfecto asistidor en el medio campo de juego con llegada de gol constante. Sin el talento natural e innato de su tío Ramón, pero con una habilidad que lo hacía destacarse en todos los partidos.

A principios de la década de 1950, se fue a San Martín de los Andes, donde hizo el servicio militar obligatorio. Este destino en su historia llegó tras una conversación que su padre Pablo, que era chofer, tuvo con su jefe. Este no era ni más ni menos que el conductor del auto del gobernador de la provincia. De esta manera logró que su hijo fuera a uno de los mejores lugares del país para hacer el servicio. En el sur también se destacó jugando a la pelota en los partidos que se armaban los domingos entre los colimbas y los sargentos. Mal no la pasaba, su rol en el regimiento era ser

pintor. Tenía experiencia en el oficio, de adolescente pintaba para unos italianos que tenían trabajo reservado con más de un año de anticipación.

Durante el viaje de vuelta, tras terminar el servicio, se enteró leyendo el diario que hubo un golpe de Estado. Ni bien se bajó del tren fue a ver a su mamá, que vivía en el barrio de Tolosa. A Elvira le costó reconocerlo por los varios kilos menos que tenía, aunque conservaba su sonrisa pícaro intacta. Al otro día tenía la idea de irse para el pueblo porque el equipo donde jugaba con Ramón había organizado un partido y no quería perderselo. Sin embargo, esa noche mientras cenaban en familia escucharon por la radio que los militares alzados habían cortado la ruta 11 que lleva a Magdalena.

Los planes cambiaron cuando a la mañana siguiente se despertó con mucha fiebre, por lo que pasó el día en la cama. Elvira pensó que podía llegar a ser una enfermedad que había traído del sur. Volaba en fiebre y apenas comía. Cada tanto, balbuceaba algunas palabras: “pásala, que estoy libre”, “dale para adelante, para adelante”. Ella no se imaginaba que Rodolfo estaba soñando que tenía otra vez 14 años y jugaba la final de la copa FC Magdalena.

Nuevos años después Rodolfo volvía a ese día, exactamente al momento en que se preparaba para dar una asistencia. Tremenda delicadeza de pase desde la medialuna del área grande. Luego de que levantara la cabeza y lo viera sólo a Ramón entrando desde el lado derecho de la cancha e hiciera lo que mejor sabía hacer, definir. Sabía que su tío dentro del área no perdonaba.

Pero en ese momento sonó un silbato que ensordecía los tímpanos de todos en el estadio, y no era el del réferi. Era el de un grupo de militares que llegaban e invadían el campo de juego y todo el mundo salía corriendo ahuyentado. Estos comunicaban por los altavoces: “queda suspendida la final, váyanse a sus casas”. Ahí quedaba Rodolfo, quieto como una estatua sin entender nada de lo que estaba pasando: “No, paren que quedan dos minutos, ¿qué hacen?”. Sus compañeros lo agarraron y se lo llevaron para la casa. Los milicos clausuraron el FC Magdalena por tiempo indefinido

y los partidos no volvieron por un largo tiempo, argumentaban que allí se transmitían ideas peligrosas.

Pasaron los días y las estaciones y Rodolfo sólo pensaba en esa jugada que se vio interrumpida, creía que nunca más iba a tener la chance tan clara de ganar la copa. Los días sólo se reducían a ver por la ventana, y los niños y jóvenes de la cuadra no podían salir a la verdad para jugar. Ir al colegio y volver a la casa rápido. Ni en los recreos los pibes podían hacer una pelota con papel para armar un partidito. La sonrisa pícaro se le había ido del rostro y los días se reducían a ver por la ventana y ver pasar las estaciones. Ya no había risas y abrazos en la cancha, que había quedado en el abandono. Los pastizales se colaban entre los tablones de las tribunas e inclusive llegaban a tocar los travesaños de los arcos. Las personas vivían así, del trabajo a la casa y viceversas y los niños sin saber cómo divertirse. Todo era monótono y sin espontaneidad.

Una tarde, se dio cuenta que ganar esa copa no era solamente un deseo, sino que había sido un sueño que había empezado en aquella final del año 1938. Cuando su papá lo llevó por primera vez a la cancha del FC Magdalena. Fue una final electrificante, de ida y vuelta, como las de aquellos años, cuando sólo se pensaba en atacar y hacer goles. El partido terminó 5 a 4 y, según cuentan, entre los ganadores jugaba un muy joven muchacho que se llamaba Ángel Labruna.

Que no le hayan dejado dar ese pase de gol; ni que no volviera más el fútbol; que no pudiera escuchar más a Fangio por la radio o que su tío no lo pasara a buscar más en la bicicleta para ir en el canasto a la cancha, le hizo sentir que toda la realidad era mucho más opaca y triste.

Mientras caía en esa profunda reflexión escuchó:

“Hola, buen día, creo que no tenés más fiebre”. La voz era de su mamá y en ese instante se percató que todo eso había sido una pesadilla. Aunque le parecía extraño acordarse y sentir a la perfección la angustia en su pecho por lo soñado. Pensó que

podía llegar a ser algo real. Apoyó nuevamente la cabeza en la almohada y miró alrededor. Estaban las valijas sin desempacar del sur. Luego vio la repisa, donde colgaba la medalla de la final del 46.

Ese partido de diciembre de 1946 quedó en la memoria de casi todo Magdalena porque el equipo “Los Tricolores” le ganó 2 a 1 a “Los Carasucias” con un gol en el minuto 90 gracias a un exquisito pase entre líneas de Rodolfo para que Ramón defina fuerte y potente al segundo palo de un arquero; que voló de un extremo al otro, recorriendo todo el arco como una gacela, aunque nada pudo hacer. El zapatazo salió con tanta velocidad que se metió rozando el poste izquierdo. La volada, sólo sirvió para queda en la memoria de todos los presentes.

Tras dejar atrás esa pesadilla, pensó en la asistencia a Ramón y en cómo la pelota se había clavado en el ángulo. Se había dado cuenta que aquel día y esa final eran mucho más que un lindo recuerdo. Nadie se los podía arrebatat.

BALDIO

SEGUNDO BLOOM

Y un día cerraron la canchita. La tierra arenosa de aquel viejo baldío, endurecida a los golpes por miles de pisadas, se convirtió ahora en barro fangoso, en descuido y abandono. Ya las tardes de siesta no terminan con el griterío de los pibitos que dejan salir a jugar, como tampoco las noches se anuncian en los cantos de esas madres, que juntas coreaban los nombres de sus hijos.

Dirán, que no costó nada ocupar ese vacío. Para ellos, fue solo cuestión de plata el cambiar la idea de su negocio para otro terreno. A ellos sí que les costó poco. Pero a nosotros, nacidos en estas casas bajas dignas de barrio, nos fue imposible reemplazar lo llano por los ladrillos de aquel paredón levantado sobre la canchita. Se perdieron muchas cosas.

Tantas como los rápidos chillidos al son de, ¡Ma, vine a tomar agua! O las muchas cajitas de agujas e hilos, indispensables frente a los pantalones gruesos de algodón azul, manchados en las canillas con pasto mojado y desgastados hasta quedar inservibles del uso.

Quien empezó eso fue un vecino de acá, a media cuadra. Conocía de vista al propietario del terreno y llegó un día a sacar cañas y cortar yuyos. El hombre adulto, padre de tres niños, se empapó de sudor abajo del sol de las tres de la tarde y con un par de caños estructurales donados por el ferretero y soldados hábilmente por los pibes de la escuela técnica, el arco se hizo monumento. Flaco y tambaleante, pero afirmado imbatible en la tierra, ese arco se convirtió en el orgullo y símbolo del barrio.

Los domingos fueron gloriosos. Los tacos de madera eran la popular y las reposeras coloridas simulaban los palcos vip. La gente se amontonaba alrededor de la

cancha a modo de línea divisoria y no faltaba el que se apropiaba el rol de juez de línea. El olor a sudor y tierra se mezclaba con el del mate, y algunas conservadoras tamaño familia se dejaban ver completas de comida fría. Una mesita en la esquina, armada con un tablón y dos baldes de litro, modelaba un mantel de flores, más limpio que toda la ciudad. Los pastelitos, tortas y mermeladas se vendían a montones por los sabores inexplicablemente hogareños que solo pueden recrearse en las manos de esas abuelas.

Aunque nunca hubo asambleas, todos sabían las reglas de la canchita. Las peleas entre egos lastimados se solucionaban pegando algunos gritos y a los vivos no se les dejaba ver por ahí hasta que volviesen cabizbajos para hacer las paces y poder jugar. Los problemas siempre fueron esporádicos.

Primero llegaron para revisar la luz, pero empezaron a venir más seguido. A veces solo pasaban despacio con los vidrios bajos y sin parar ojeaban el terreno. Los camiones llegaban de tarde a descargar ladrillos, que amanecían siempre grafiteados y quebrados en el suelo. Y los partidos nunca se detuvieron. La cancha empezó a estar siempre llena, como si algún tipo de melancolía prematura hubiese nacido. Las siestas se hicieron cortas, los griteríos más extensos, incluso hasta ya profunda la tarde. Y Las bolsas de arena y piedra aparecieron de la noche a la mañana en el cordón. Los gritos se guardaron para no llamar atenciones y las cábalas se convirtieron en preventivas soluciones. Algunos pocos, rezagados en grupos de puños cerrados, se prepararon para lo inevitable. Otros ni siquiera la vimos venir. No hubo parche, aguja o hilo para cosernos la herida. Y un día nuestros rostros se limpiaron de tierra. Y nuestras viejas dejaron de cantar, y los domingos ya no tuvieron sabor a casa.

Y un día cerraron la canchita, y ese mismo día dejamos de jugar.

EL DISFRAZ DE UN PASADO DE MUSEOS

CAMILA BALBUENA FACCIO

Otro domingo de almuerzo familiar donde parece no pasar nada. Tipo dos de la tarde, estamos acá, sentades, preparades para abrir la boca y tragar.

Las conversaciones siempre son las mismas: que receta aprendieron, como viene el laburo, algunos desastres del gobierno, otros aciertos indiscutibles y algún chismerío de esos que nadie sabe nada pero todes tienen algún dato para aportar.

Me es inevitable no sentirme más grande. Estoy en la punta de la mesa, dándole vueltas al vaso y pensando en todo lo que tengo que hacer mañana. En eso, mi nieta, la más chica me distrae con un “¡sorpresa!, mirá abue me disfracé de vos con esto”.

Fue en ese preciso momento en el que el pasado me puso un poco melancólica.

La chiquita se ‘disfrazó’ de mi, con mi conjunto de fútbol de cuando jugábamos, con las muchachas, en la Liga Universitaria.

Eramos tan pibas...teníamos tanto...y no sé si llegamos a ser conscientes de eso

Ya ni me acuerdo como podíamos coordinar nuestros pasos a esa cosa redonda que giraba entre las piernas, y como tirabamos magia ahí, como solíamos decir.

Me acuerdo clarito, nunca había tocado una pelota en mi vida, solía decir que no estaba hecha para los tan recordados deportes. Y cuando comencé la Facu, con las pibas del pueblo nos encontramos para repensar un poco la cuestión del feminismo y esto de que nosotras también teníamos derecho a jugar al fútbol. ¡Mirá de lo que hablábamos!

Me acuerdo que empecé a jugar por el amor a ese trapo hermoso que teníamos, era la wiphala con don lanzas, una con un pañuelo verde atrás y otra con uno naranja, que por aquellos tiempos, forman parte de luchas que acompañábamos y que hoy parecen una obviedad.

Siempre le cuento a mi hija, yo estuve ahí, mientras en las calles se pedía por Aborto legal, reivindicación de los pueblos y separación del Estado y la iglesia. Hoy no le dan mucha bola a eso, es como que es natural para todes estas cuestiones pero cuantas tuvieron que morir para eso.

Imagínate. Esos tiempos fueron dorados y muy duros, fue.. donde todo lo que hoy tenemos, se comenzó a preparar.

Todo un mundo transformado en cincuenta y cinco años. Sabíamos que por aquellos años todo se estaba dando muy rápido e intenso y por eso me siento feliz de haber estado.

Pero bueno, ahora estamos acá. Hijes, Nietes, en otro domingo familiar.

Los miro y me acuerdo de mis domingos en casa. Después de almorzar mirando alguna que otra carrera del ¿cómo era eso?, lo odiaba...T ¿Tr?...no. ¡TC! sí, eso, TC, turismo carretera.

Todes embobados viendo a los autitos girar en un circuito. En mi casa hincha del Ford así que el almuerzo, era eso y la previa para los partidos de la tarde.

Mamá se ponía furiosa, porque los paseos se medían en torno a los horarios de los partidos. Los varones de casa eran muy fanáticos, diría casi insoportables. De esos que le gritaban al tele porque los contrarios se las mandaban, o no les cobraran lo que les correspondía.

Aunque ahora que lo pienso, hoy la cosa para ellos y su fanatismo extremo, es peor. Imagínense que la distancia y el tiempo hace que ese sueño de conseguir otro trofeo y de entrar a la bombonera de nuevo, se ha convertido en una especie de esperanza, de las que no se abandona nunca. Sueñan con volver a ver ese museo, vibrar.

Ninguno de mis nietos se pueden imaginar que lo que hoy juegan en la virtualidad, existía en la realidad. Canchas llenas de gente, jugadores sobre césped y una pelota.

Pero lo que es peor aún, nadie puede imaginarse las transformaciones que allí se comenzaban a gestar. No hay forma de que sientan esa adrenalina que nos corría por el cuerpo mientras corríamos tras la pelota, transpiradas, cantando 'el fútbol va a ser de todes o no va a ser'.

Hoy es otro aniversario de ese día en dónde dejamos al deporte, colgado en los museos, como reliquias de un pasado dinámico.

Y yo acá, sentada viendo mi 'disfraz' vuelvo a recordar ese corazón agitado cuando las pibas hicieron su debut futbolístico.

EL DÍA SIGUE SIENDO GRIS

JOAQUÍN PEREYRA

Me desperté agitado y en el afán de querer prender la luz tiré el velador al piso, uno bastante viejo que me había regalado mi abuela antes de morir. Al principio me preocupé pero después recordé porque me había levantado en plena madrugada y salí corriendo para la habitación donde guardaba las cosas viejas que me habían quedado de la anterior mudanza.

Entre todas esas cosas viejas, la mayoría sin valor y que solo no había tirado porque siempre fui un acumulador, había algo que resguardaba más que mi propia vida. Me costó entrar a la habitación ya que el cúmulo hacía presión y dificultaba la apertura de la puerta, pero después de varios golpes, logré entrar y empecé a revolver. Estaba desesperado porque no lograba encontrar lo que buscaba y los latidos de mi corazón se aceleraban cada vez más, más y más.

Por un momento volví a experimentar aquello que sentía cada vez que el equipo rival pasaba la mitad de cancha para atacar a mi equipo. Aquella sensación de vértigo e inseguridad que me transmitía la defensa del Estudiantes de Milito me había inundado otra vez, como si estuviera en la cancha junto a mi papá y mi tío. Por suerte, cuando todo parecía que se venía abajo, logré ver eso que buscaba debajo de unas cajas llenas de polvo. Fue como volver a ver a Mariano Andújar volar por los aires y mantener el arco en cero.

Realmente recordaba haberla guardado en otro lugar pero poco me importaba. Estaba ahí. Lo que soñé solo había sido una pesadilla. Nadie se había llevado mi vieja pelota de fútbol. Estaba ahí, igual de desinflada que la última vez que la usé, y junto

a ella también estaban mis botines negros llenos de cinta aisladora que mi mamá les había puesto para que los pudiera usar en mi adolescencia.

Solo atesoré por un momento aquellos objetos y los volví a colocar en su lugar. Acto seguido volví a la cama, ya con mi pulso normalizado y la tranquilidad de que mi sueño no había más que eso: un simple sueño.

Quizás en otro contexto me hubiese preocupado por el hecho de no poder volver a dormirme, pero era domingo y poco me importaba. Incluso tengo que admitir que ni siquiera lo intenté. No hice más que mirar el techo y comenzar a recordar cómo era todo antes de aquella pandemia.

No pude evitar las lágrimas en aquel momento. Incluso tuve el impulso de agarrar el celular y hacer una videollamada con todos mis amigos con los que jugaba al fútbol. Estoy seguro que si lo hacía más de uno me iba a putear, pero a la vez me iban a comprender. Ellos lo extrañaban igual que yo. Todos extrañábamos los raspones en las rodillas, los gritos de gol y los abrazos cada vez que ganábamos un partido. Incluso me animo a decir que todos extrañaban aquellas derrotas en instancias decisivas que nos hacían sentir unos completos perdedores pero que a la larga eran lo que más nos unía.

Aquella noche pareció ser eterna. Los recuerdos iban y venían como aquel lateral derecho inalcanzable que subía y bajaba constantemente. Sentía que ya habían pasado unas diez horas desde el momento que me levanté angustiado, pero en realidad solo habían transcurrido dos horas en ese pequeño reloj que estaba junto al velador roto.

Recordaba y recordaba, no hacía más que recordar. También pensaba como podía ser posible que nunca la vi venir, como nunca me logré dar cuenta que aquella pandemia nos arrebataría lo que más queríamos en este mundo. Pensaba como sin darme cuenta un día había jugado por última vez a la pelota. El dolor estaba presente

en aquella habitación, estaba acostado a mi lado y solo sabía decirme “se fue, para siempre”.

Me dejé engañar por un pequeño rayo de luz que entró a la pieza e hice a un lado al dolor y corrí hacía la ventana. Pero al correr la cortina solo volví a ver lo mismo que todos los días: edificios. No había más que edificios en lo que solía ser la cancha de un viejo club del barrio. Era otro día gris, era otro día donde el fútbol se ausentaba. En ese momento volví a preguntarme como todas las mañanas ¿Volverá?

EL BARRA DE LA BARRA

RICARDO MIRCO

El 9 de Diciembre le dieron en mano una carta a don Carrizo y a un centenar de personas en el bar de su barrio de la juventud. Se lo agarró desprevenido, haciendo un bollo con una servilleta de papel moviendo los dedos como si jugase un partido ante el arco contrario.

Mientras leía la carta observaba por la ventana un par de jóvenes con lentes negros más grandes que sus manos gritar y cotorrear sentados uno frente a otro.

- Pareciera que fue ayer el picadito que hicimos.

- *Déjate de joder Carrizo, dale pagá que el mozo ya nos fichó hace horas.*

Su interlocutor, un hombre obeso, de rostro pálido y sudoroso corría la silla y se levantaba para irse; la televisión le hablaba de fondo pero parecía no darle importancia aun mirándola de reojo, pagó la cuenta y salieron con paso ágil.

- Ahí está el local gordo.

Don Carrizo perdió la concentración al ver a los dos chicos moviendo las piernas cual taekwondo esquizofrénico aun sentados.

Miró su reloj, eran las 10:30 y faltaban 30 minutos para su paquete.

Se prendió un cigarro viendo como la pared de la casa de enfrente era manipulada con unos pinceles exageradamente grandes por hombres con los mismos lentes negros gigantes.

Un sujeto desaliñado le entrega una caja y junto al gordo trotan hacia un lugar desconocido, a don Carrizo pareció no importarle terminando el cigarro y pisandolo violentamente.

Un atril virtual comenzó a parpadear en medio de la calle donde antes había una pared.

Lentamente cientos de personas parpadeantes aparecieron en la avenida donde antes yacía el bar de su juventud.

Carrizo golpea la caja contra el suelo pateandola ante la mirada atónita de los parpadeantes anteojos negros.

De la caja reluce una pelota, la levanta en el aire con sus piernas golpeando la pared que transmitía a los virtuales anteojos negros.

-La pelota no se mancha- gritaba sacado de sí.

Un disparo le perforó el corazón a Carrizo. Los muchachos que miraban todo con rostro de terror levemente balbuceaban incoherencias como si por primera vez entendieran que saben hablar.

-Go..Go...Gool-

Esa noche se terminó de declarar terrorismo a todo juego que no sea motivado virtualmente para evitar la mafia en el deporte.

La revolución había comenzado.

ENEMIGO INVISIBLE

LUCIANO EZEQUIEL ZAFFIRO

Llegar al Hospital no fue nada sencillo. Salir del auto me mal predispuso hasta llegar a la a la puerta de ingreso. Afuera, el frío golpeaba y te entrecortaba las manos y la cara. Adentro, una multitud se hizo presente, agolpándose en los pasillos como si el lugar estuviera predispuesto para un recital del mítico Indio Solari. Ya, a salvo de un mundo hostil, miré a un lado y al otro del pasillo central, buscando rápidamente dar con la escalera que me dejara en el Aula Magna. Allí me dirigí.

En el camino silencié el teléfono, me saqué el gorro de lana y guardé mis pertenencias en uno de los bolsillos de mi campera. Me detuve al ver el banner que señalaba el ingreso. Me registré con mi nombre, apellido y mi carnet de residente del Hospital Roberto De Vincenzo. Antes de poder pasar, me acercaron alcohol en gel y lo derramaron en mis manos. Mientras lo froté, pensé en esta extraña y nueva práctica que se apoderó de nuestras vidas.

Ya casi sin lugar libre, opté por sentarme en la primera fila, justo frente al escenario. Me acomodé y miré para atrás con un pantallazo de vista de izquierda a derecha, asombrado por la gran convocatoria. Rápidamente giré sobre mi pecho al escuchar los primeros pasos y el crujir de la madera. El silencio se apoderó del aula y allí pude verlos por primera vez. Las circunstancias eran muy malas, pero la alegría que tenía por dentro era indisimulable ya que al ser residente me encontraba en un lugar privilegiado para mi carrera. A mi derecha, estaba el reconocido director del Hospital, Oscar Bonavena, con quien intercambié una mirada, la cual se clavó como un golpe estremeciendo mi estómago. De él y su grupo de trabajo, nació esta convocatoria para analizar y conocer los primeros estudios sobre el nuevo coronavirus SRS-CoV-2, que causa la extraña y nueva enfermedad de coronavirus COVID-19, recientemente

declarada pandemia, y la cual conocimos hace unos días tras el terrible impacto que causó en Italia y España, y anteriormente en China.

A mi izquierda, se encontraba la reconocida directora del Instituto Malbrán, Gabriela Sabatini, quien supo codearse con las mejores del mundo y ser la primera investigadora argentina con reconocimiento internacional.

En el escenario, un moderador tomó la palabra para presentar a los especialistas. Detrás de él empezaron a sentarse cada uno de los disertantes. Primero lo hizo el Doctor Diego Maradona, Director Nacional de Epidemiología y Análisis de la situación de la salud. Acto seguido, pasaron Paula Pareto y Lionel Messi, responsables del Departamento de Bacteriología del Instituto Nacional de Enfermedades Infecciosas. Detrás de ellos, apareció en escena Luciana Aymar, Directora del Programa Nacional de control de calidad en Bacteriología. Por último, ingresó Emanuel Ginóbili, investigador del CONICET por el Instituto de Investigaciones Biotecnológicas de la Universidad de San Martín y especialista en inmunología, enfermedades infecciosas y desarrollo de vacunas.

Las circunstancias no eran las mejores, pero me sentía un privilegiado de poder escuchar a los principales especialistas de nuestro país. Cursando mi tercer año de residencia en Neumología me encontraba en el mismo espacio que los máximos referentes nacionales, quienes desde hace unos días estaban trabajando en equipo para luchar contra este enemigo invisible y poco conocido.

LA CHISPA QUE PROVOCÓ UN INCENDIO

EZEQUIEL SEBASTIÁN RAMÍREZ

-Todo es gris. Deprimente. Los colores desaparecieron del mundo. Ya nadie sabe qué es un deporte, esa batalla se perdió. En el nuevo mundo todo es funcional y sigue una rutina. Los adultos la siguen. Y los niños parecen haber perdido su alegría. Sin embargo, esto cambia cuando ese joven decide ignorar toda ley y salir a jugar con la pelota. El mundo parece ir despertando poco a poco y los colores empiezan a volver. El Nuevo Orden Mundial intenta frenar ese virus llamado deporte pero es demasiado tarde. Los corazones volvieron a sentir ese fuego, esa pasión y...-

-¡Pero cuéntanos todo! - Pedían los jóvenes.

-De acuerdo...-

Luego de que el mundo fuera sacudido por la Gran Guerra, los pocos sobrevivientes decidieron erradicar todo objeto, acción y competencia que pudiera volver a desatar cualquier tipo de violencia. Un grupo de personas fueron elegidas para liderar este Nuevo Orden Mundial y llevar a la humanidad por un camino de paz y progreso. Pero un gran debate los sacudió ¿Qué ocurriría con el deporte? Los argumentos a favor de la eliminación de los mismos, aseguraban: "Estos generarían una rivalidad entre los habitantes que podría terminar en grandes batallas campales. Son una pequeña chispa que podría generar grandes incendios".

Mi padre dice que ese debate duró algunos años, en los cuales nadie hablaba de deporte ni se permitía practicarlo hasta tomar una decisión. Sin embargo varios de los electos líderes no quisieron seguir debatiendo algo que para ellos era muy claro y se convirtieron en lobos, disfrazados de corderos ante el mundo. Así, en nombre

de la paz, acabaron con todos aquellos que se oponían a erradicar el deporte, antes de que el mundo sufra las consecuencias.

Así fue como familias enteras fueron sufriendo diferentes "accidentes". Solo la familia de mi padre logró esconderse, en uno de los barrios más empobrecidos del mundo. Él cumplía seis meses cuando su abuelo, conocido por ser un gran deportista antes de la devastadora guerra y uno de los líderes opositores a eliminar el deporte, desapareció. Y la pelota de su partido debut como profesional fue el único recuerdo que quedó de él. La única pelota que se había salvado de los grandes hornos, dispuestos por el nuevo orden para quemar todo recuerdo de rivalidades pasadas, o de un polvoso galpón de museo.

Al cumplir los 18 años fue cuando, cansado de las leyes y las rutinas, mi padre les enseñó la pelota a sus amigos del barrio. En esa pelota sentía la conexión con ese abuelo que no llegó a conocer, pero había algo más. La sentía mágica. Esa noche soñó con un anciano que hacía extraños movimientos con esa pelota antes de patearla contra una red y con un estallido eufórico por parte de miles de personas que lo observaban.

Desde ese día, se juntaba en los basurales con sus amigos para hacer lo mismo que el anciano de sus sueños. Ellos al principio lo creyeron loco, pero poco a poco comenzaron a querer aprender y él a querer enseñarles. Antes de darse cuenta, ya estaba enseñando a casi todos los jóvenes del barrio. Sin embargo, esto llegó a oídos que no debían y tuvo que huir de allí cuando la policía apareció para detenerlo.

Por cada barrio que pasaba, iba dejando un poco de esa magia. La pelota le había llenado de una alegría que hacía tiempo no sentía y no iba a parar. Enseñaba a los jóvenes, hasta que algún vecino lo denunciaba y volvía a la huida.

Finalmente lo encontraron tres años más tarde y fue llevado ante los líderes mundiales. Sería sentenciado a muerte. Pero, de repente, llegaron informes de todo el mundo. El deporte volvía a apasionar a las personas y era imposible de frenar. En

los parques los colores reaparecían. La pasión, la magia, la alegría, volvía a los corazones de los pueblos. Entonces el gris del cielo se iba, la vida regresaba y mi padre era liberado. Multitudes eufóricas, como las del sueño, gritaban su nombre al unísono.

-Por eso es importante que enseñen a otros a jugar. Esto nos une aunque algunos no lo comprendan-

ESTADIOS VACÍOS

NOELIA ELIZABETH ZAPICO

Abrió su placard y vio la camiseta hecha un bollo arriba de la pila de ropa desordenada. Azul marino, franja blanca y un escudo que para ella era el más hermoso del mundo. La tomó y la sacudió antes de doblarla y guardarla en ese primer cajón en el que iban sus prendas favoritas. Quiso recordar el día exacto en que la había usado por última vez, pero no pudo. El mes: febrero. Cancha de fútbol. Mucho calor. Noche. El bosque. Ella y Diego. Sí, Diego era Diego. Nunca se aclaraba que era Maradona. Sonrió y cerró el cajón.

Se preparó un té, dos tostadas, un jugo de naranja y desayunó con el celular en la mano y el televisor prendido. Revisó sus redes sociales. Nada interesante. Saludó a un amigo por su cumpleaños. Le dijo que ya se verían para darse un abrazo. Le mintió por chat a su entrenadora diciéndole que seguía sin luz, una excusa que había utilizado el día anterior para no participar del entrenamiento virtual. No estaba motivada y veía muy lejano el reencuentro con la cancha.

En el comedor había improvisado un gimnasio: mancuernas, pesas, bandas elásticas, colchoneta y la cinta de correr. En la repisa, las medallas. Una, dos, tres, siete medallas plateadas. La dorada seguía siendo "la zanahoria a conseguir".

Llevaba 15 años siendo parte del club. 15 años madrugando los sábados para entrenar y los domingos para jugar. Desde los 7 a las corridas toda la semana.

Ahora, la alarma del celular ya no sonaba más a las 8 los fines de semana. Pero ella no extrañaba a sus padres aconsejándola sobre comidas saludables. Tampoco a sus compañeras de equipo remarcándole sus errores, ni a su entrenadora pidiéndole siempre más. No extrañaba el excusarse en todos los cumpleaños para irse antes,

porque al otro día entrenaba o jugaba; ni a sus hermanos mirando la tabla de posiciones en la computadora. 80 días sin su club hacían que dudara si realmente seguía siendo su segunda casa.

Decidió ir a trabajar en bicicleta. El día estaba fresco pero disfrutaba el aire en la cara, el viento en su pelo ondulado, sentir el frío en sus manos de dedos largos sin anillos.

La calle estaba desierta. En su cuadra, solo el verdulero barría la vereda. La saludó con el "Hola Naty" habitual. Ella le contestó con una sonrisa, que el hombre jamás vio, pero que sí percibió en sus ojos.

Decidió desviarse, aunque el nuevo camino le costara pedalear unas 15 cuadras de más. Quiso pasar por el estadio de fútbol, consciente de que no sería como esa noche de febrero. Faltaban el humo del choripán; las cáscaras de semillitas; los papeles de caramelos. Faltaban los gritos, los cantos. Las veredas vestidas de azul y blanco, ahora estaban repletas de hojas secas.

El silencio la paralizó. Miró a un lado y al otro y nada. Ni siquiera podía oír los pájaros. No podía percibir el aroma a eucaliptos. Salió a toda velocidad conteniendo el llanto. Ese llanto que tuvo guardado durante meses. Ese dolor que no podía expresar. Esa angustia que no sabía que tenía.

Pedaleó por la calle 53 hasta llegar a la esquina de 4 y ahí se paró. Secó sus lágrimas. Esa era "su" esquina. Llena de charlas, risas, nervios antes de cada partido. La puerta del club estaba abierta. Su club, su casa, parecía absorberla. Decidió entrar.

La cancha de vóley estaba armada, la red lista, el tablero en cero como si solo faltaran los equipos que se terminaban de preparar en los vestuarios. Se sentó en el parquet lustrado. Miró las tribunas. Recordó su último partido, que no había sido de los mejores. Pero su equipo sí había jugado bien y "Las lobas" quedaron en el podio de la tabla justo cuando la cuarentena comenzó.

Tenía las manos transpiradas, el corazón le latía velozmente. La adrenalina había vuelto. Ese olor. La madera. La red. Los gritos. El silbato. El aliento. Era todo lo que quería para su vida.

Una foto en el estadio vacío fue su posteo en las redes. "Me verás volver", escribió Natalia. Y salió secándose las lágrimas por segunda vez en el día.

LA CARTA

VALENTÍN GAMBELLA

“Mi nombre es Jack Smith y al escribir esta carta debo aclarar, con toda sinceridad, que esta historia es real y sucedió una tarde de junio en mi ciudad, al Sur del Reino Unido”.

Así comienza la carta que encontré esta mañana mientras buscaba algunas monedas o billetes en el baúl de mi abuelo Enrique. La carta está escrita en inglés, pero debido a mi educación bilingüe que tuve cuando vivía en Reino Unido, puedo traducir esas líneas. Hace ya un tiempo pudimos mudarnos a Argentina y, a pesar de que Europa vuelve a estar en guerra, reconstruimos nuestra vida y estamos en paz.

“Esto no es una locura ni un sueño, vuelvo a repetirlo. Conseguí hace unos días un trabajo en la tienda que se encuentra en las cercanías del puerto de mi ciudad. Mi patrón me pidió que le llevara unas masas calientes con azúcar y diez palitos de anís al Señor Heifing, en el puesto de herramientas que tiene al norte de la explanada”.

Me dejaron de interesar las monedas que buscaba y centré mi atención en los papeles que sostengo con las dos manos. El aspecto amarillento, rugoso y las puntas dobladas y hasta un poco deshechas, delatan que esta carta ya suma muchos años desde que el autor plasmó su pluma llena de tinta negra sobre ella.

Por suerte, la casa de mi abuelo está vacía y yo tengo tiempo para seguir leyendo estas líneas, no tanto por el contenido que encontré hasta ahora sino por la aventura de estar infringiendo la privacidad de una carta que parece secreta.

“Llevé con toda la responsabilidad que mi trabajo me demandaba esa bolsa hacia el Señor Heifing, pero no pude evitar frenarme a ver lo que ocurría sobre aquella explanada. ¿Qué era eso? ¿Por qué no trabajaban? ¿Por qué se divertían? No en-

contré respuestas en lo inmediato, ni en los siguientes días. Aún desconozco de qué se trataba aquello que esos trabajadores hacían con ese bollo de tela sucia”.

Creo haber escuchado la puerta y, sinceramente, esta carta vieja no me intrigó lo suficiente como para que mi abuelo me descubra que hurgué en su baúl y les cuente a mis padres. La deje donde estaba y salí de la pieza. No hay nadie, puede haber sido el perro. De verdad no me intrigó ni me interesó, pero quiero terminar de leerla. Vuelvo al baúl y saco los papeles.

“Yo estoy solo y no sé cuándo será el día que alguien va a leer esto, pero no estoy loco, quiero que lo sepan. Había cuatro descamisados y otros cuatro con sus camisetas de trabajo, se los diferenciaba bien. Y corrían, saltaban, se empujaban, y siempre detrás de ese trapo sucio redondo. En la explanada había dos piedras de un lado y dos del otro. No les miento, yo vi que algunos gritaban y se alegraban cuando le pegaban con el pie y el rejunte de trapos se iba lejos. Decían “gool”, ¿qué es eso?”.

Ojalá alguien estuviera viendo mi cara de asombro al leer esto. Me sonrió, pero pienso ¿de dónde sacó mi abuelo esta carta y por qué la conserva? Esta es una historia fabulosa. Me quedan las últimas líneas y ahora sí creo que esto, aunque tengo cierta incertidumbre, me interesa más.

“No sé cuánto tiempo pasó desde que me frené a ver a esos ocho trabajadores, pero se me había enfriado la bolsa de las masas y la llevé de inmediato. Al volver, mi patrón ya había recibido la queja sobre mi tardanza y me echó. Yo les juro que vi a trabajadores reírse y divertirse en sus tiempos libres. Fue por eso que me echaron, yo no estoy loco”.

Me rio como nunca en mi vida me había reído. Así terminaba la carta firmada por Jack Smith. Inmediatamente me doy cuenta que mi abuelo había guardado la carta para leerla cuando estaba deprimido y alegrarse el día. No me imagino una explicación mejor para tenerla guardada.

¿De verdad, este loco, se piensa que nos vamos a creer que existe un juego para divertirnos en nuestros tiempos libres, cuando no trabajamos?

DEMOLIENDO CLUBES

CAMILA RAMENZONI

Cuando me puse las gafas pude leer el recuento de mi entrada a la cancha, tenía que ir a la Platea E, así que mientras subía las mil escaleras me chocaba con la cama de un lado y la biblioteca del otro.

Salí de la oficina y comenzaba la fiesta, con alas corrí hacia la 9 de julio para tomar el bondi. Me subí al 100 donde me encontré con extranjeros hablando de Racing, se los notaba ansiosos por vivir un partido en el Cilindro. Esperé a mi hermana en la esquina Palaa y Alsina para tomar unas cervezas antes de entrar a la cancha.

Mientras subíamos las escaleras para ir a la platea empezamos a escuchar muchos rumores de que el fútbol podría pararse a causa del virus que estaba azotando mundialmente. A minutos de comenzar el partido una voz por altoparlante anunció que todo estaba suspendido. Entre medio de las puteadas y gritos la seguridad nos sacó del estadio sin entender qué estaba pasando.

El Cilindro ya no se encuentra en Avellaneda, y Juan Domingo Perón, ahora se llama una pequeña plaza en el peaje Corbatta rodeado por edificios nacidos del vientre de Puerto Madero. El día que anunciaron la demolición estaba esperando mi turno en la clínica para que me hagan el testeo mensual. Mientras mis ojos y mi cabeza disfrutaban "El Partido" de Andrés Burgo, un sonido amarillista y molesto comenzó a interferir en la página 86 y no tuve otra que alzar la cabeza para pedirle a la recepcionista que baje el volumen.

La periodista comenzó a hablar mientras le reiteraba a la señora que estaba a mi lado que me dejara pasar. Cuando por fin me abrió paso, de reojo miré a la tele y me congelé, algo cayó sobre mis pies, me di cuenta que mi rostro estaba húmedo

cuando encontré la mirada de la señora que me insistía en devolver el libro. El fútbol terminaba, y los estadios se convertirían en parques.

Eso de los espacios verdes quedó en el olvido cuando un grupo de buitres con dinero empezaron a organizar un negocio sobre los terrenos de nuestros clubes. Los mismos que se dedicaban al negocio de fútbol ahora sabían construir edificios.

Hace dos años anunciaban una pandemia que hizo suspender las clases en los colegios y universidades. Hubo cierres de negocios, hoteles, se suspendieron tanto la actividad física como la interacción social. Un virus acechaba, producía fiebre, dolor de garganta y hasta provocaba insuficiencia respiratoria. Durante cuatro meses estuvimos en un confinamiento para cuidarnos y cuidar a los que corrían riesgo de vida. El deporte no volvió y eso cambiaría a toda la ciudad.

El tiempo pasó y nada volvió a ser como antes, todos los ciudadanos debemos ser testeados una vez al mes para supervisar si tenemos el virus activo. La enfermedad nunca dejó de circular y las reuniones entre más de cinco personas fueron prohibidas. También el fútbol y todo el deporte desapareció. Nos alimentábamos con tristeza cada día al pensar que nunca íbamos a volver a entrar a una cancha y ver a nuestro equipo. No íbamos a tomar aquella birra previa ni volver abrazarnos con desconocidos en un gol.

Un día salieron a la luz aquellos edificios que empezaron a construir. Digifub S.A, Estudiotech S.A, FútbolClub S.A eran unas de las grandes empresas que iban a ocupar esas oficinas. Teletek surgía dentro de esas oficinas como una empresa de venta de entradas. Afirmaban que el fútbol volvía. Las entradas las vendían a \$100, pero para ingresar tenías que comprarte las gafas, las pagué en doce cuotas.

Así que, aquí estoy, en mi casa, esperando a que sea el horario para ingresar a la cancha. Mis gafas marcan que faltan diez minutos para que abran las puertas. Está por comenzar Racing - Independiente por la primera fecha. Los hinchas a mi lado son todos animados, no hay vendedores de gaseosa ni de garrapiñada, la gente no canta,

ni salta. Hace frío porque dejé el ventanal abierto. Entran los jugadores y son como en la Playstation. Mi alma esta fría y mis ojos mojan las gafas. El fútbol ha dejado de existir.

LA PASIÓN OLVIDADA

ARIEL PINUS

El viernes Emilia se despertó más temprano que de costumbre. Apagó rápidamente el despertador para no llegar a escuchar ese ruido que tanto mal humor le producía y caminó hacia la cocina para beber una taza de café. Tomó un baño rápido. Se vistió. Corrió su barbijo para besar la estampita de la virgen que reposaba en el viejo ventanal que daba a la Avenida Independencia y salió a trabajar.

Todavía no había logrado superar la angustia que le producía ver las calles semi vacías, los rostros tapados, las miradas perdidas. La ciudad se veía así desde que el virus alteró la vida de toda la humanidad. Pero a pesar de todo, lo que ella más extrañaba era el fútbol, ir a la cancha a ver su querido River Plate, aunque sea mirarlo por televisión. Estaba cansada de ver partidos repetidos, sin embargo, lo seguía haciendo. Hacía algunos días había probado el software del que todo el mundo hablaba.

Esperó a su patrón sentada en la puerta del almacén donde trabajaba, sobre la calle Pichincha, en el barrio de San Cristóbal. A los pocos minutos llegó Rubén, un hombre algo petiso pero robusto, calvo y de larga barba blanca. Golpearon sus codos e ingresaron al local.

Veinte años habían pasado de que se jugase el último partido de fútbol en el mundo. El modesto San Pauli había vencido 1 a 0 al Bayer Múnich consagrándose, por primera vez en su historia, campeón de la Copa de Alemania. Algunos años después comenzaron a probar en voluntarios para crear un dispositivo capaz de hacer olvidar un partido por completo. Era la posibilidad de volver a vivir algo como si nunca lo hubieras visto. Los costos eran altos y variaban de acuerdo a la importancia del partido.

Sólo tenías que colocarte un chip. Habían surgido rumores de efectos adversos en su uso, pero esto a Emilia no le importaba. Ella quiso volver a sentir, revivir su pasión.

La jornada de trabajo fue algo tranquila. Emilia estaba contenta. Rubén le había pagado dos sueldos atrasados y ella tenía decidido en que gastarlos. Esa misma noche iba a volver a ver la final de la Copa Libertadores en Madrid como si nunca la hubiera visto. Se llevó del almacén un Malbec que lleva su mismo nombre, siempre le causó gracia eso, y camino a su casa compró unas empanadas. Tras cenar, sacó el celular, puso los datos de su tarjeta de crédito y se sentó frente al televisor.

La pantalla mostraba las imágenes de la previa al partido con un contador que indicaba que en media hora empezaría el mismo. Emilia estaba nerviosa. Era la final de la Libertadores contra su máximo rival. Los nervios aumentarían tras el gol de Benedetto. Se levantó enojada y se sirvió lo que quedaba de vino en su copa. No quería mirar. El entretiempo sirvió para que se relaje un poco. En el arranque del segundo tiempo comenzó a estar más tranquila, sobre todo tras el empate de Pratto; lo gritó con alma y vida.

Comenzaba la prórroga y ella se sentía algo molesta, quizás le había caído mal la comida, o el vino, quizás eran los nervios. Se encontraba desorientada. La expulsión de Barrios la tomó por sorpresa, no comprendió que estaba pasando. Quintero se la pasó a Álvarez, este a Mayada, se la devolvió a Quintero que rápidamente de un zurdazo la clavó en el ángulo. Elvira miraba atónica el televisor. No gritó el gol. Estaba pálida. Una gota fría de sudor le recorría la mejilla al mismo tiempo que Martínez corría para el tercero, que sentenciaría a River campeón. Ella se mantuvo estática. Comenzó a desesperarse. No entendía que le pasaba. ¡Si estaban ganándole la final a su eterno rival!

¿Qué rival? – se preguntó

Se levantó de la silla y se recostó en la cama. Tomó su cabeza con ambas manos. Sabía que había olvidado el partido y con él había olvidado lo que sentía. Había olvidado su pasión.

Mataron al fútbol – esbozó

Dio media vuelta y se durmió.

NO QUIERO SER COMO ELLOS, QUIERO SER FELIZ

PAOLA GONZÁLEZ REDES

He estado parado por varias horas a diario en este lugar. Me angustia ver como con el correr del tiempo las personas se olvidan de todo. Desde los turnos para el médico, los tomates para la ensalada, los cumpleaños y hasta del deporte.

Tardes enteras me entretuve pateando ese mural con tantos colores como la primavera, algún escrito en fibra de adolescentes que se prometen amarse para siempre y un punto de encuentro que todos conocen pero nadie recuerda.

Vuelvo a la realidad pero una foto me transporta, me dispara y causa un vacío que hace que mi corazón exija la llovizna sobre mi nariz. Trato de buscar algún paraguas que me salve o piloto que me contenga, pero mejor es la televisión. Dirijo mi atención a un canal deportivo pero sin deporte actual, con archivos de lo que fue. La palomita de Manu frente a Estados Unidos convirtiendo un doble magnifico me hace erizar la piel.

El aroma a café me abruma, mientras coloco pan en este aparato que debería tostarlos pero solo los quema, busco que ver en la plataforma que todos aman y cada vez me cuesta más pagar. Estuve a punto de perder la tarde con algún rodaje de acción o fantasía, pero la Formula 1 me acaparó por completo. El maestro Fangio da cátedra de una amplia humildad luego de consagrarse como quintuple campeón mundial.

Aun siento el olor a pólvora en la Ciudad. Lo recuerdo como si sucediese en cámara lenta, saltos, abrazos, lágrimas y un gran festejo de individuos enlatados arriba de esos fletes que transportan casas. Maradona con la mano, marcó el primer gol de

la victoria y agradezco que no nos haya regido por ese entonces el poder de la tecnología, sino esta historia sería otra probablemente.

Preservo los últimos botines que logré comprar, decidí no colgarlos como los demás, así como las camisetas dañadas por los tirones de la marca. Seguí revolviendo el pasado tangible, hasta dar con ella: La pelota, el balón, son tantos los términos, tamaños, materiales y disciplinas. Trato de gambetear mi memoria y pasión, cuantas ganas de verte rodar, de gritar, de abrazar, de putear, maldita sea que lindo sería poder volver a ello.

El corazón pelea conmigo, pelea como Paula Pareto, y gana la medalla de oro, salva mi vida, y salva la de todos. Ahora me recibe una vez por mes en su consultorio de traumatóloga y me receta medicamentos para que duela menos. Cuando uno llega a los 67, desea fervientemente tener las piernas y el espíritu de lucha, esa pequeña de Rosario nos representó como un abogado familiar, por varios años y desde sus inicios.

Podrán decir que soy un viejo loco, pero vi al deporte en su máximo esplendor, vi ganar, vi perder, vi llorar, lloré, abracé y me fuí a mi casa. No tenía que comer a veces, pero duele más perder una final o los puntos que el hambre. Ahora duele el olvido, este encierro los ha vuelto incapaces de sentir, de soñar, de desear ese título por años y que finalmente con los puños y dientes apretados, con ojeras oscuras por no dormir, estando en la calle, en una casa, en la cancha, en cualquier lugar del mundo afloren todos esos sentimientos dejándolos ser libres.

Y ¿saben qué? No quiero ser como ellos, quiero ser feliz. Tomé la pelota y salí, como Banini detrás de sus sueños para poder vivir del fútbol. Como Lionel, ese niño que llegó al mundo para enamorarlo. Entregaría mis aportes jubilatarios por volver a verlo sonreír al menos.

Fui al mural y miré con ojos cristalizados todo a mí alrededor. Dejo la pelota en el suelo y la piso como en la play, oigo algunos gritos de alerta de mis vecinos a

los cuales saludo levantando el brazo derecho como un técnico a su tribuna. En ese instante, un hombre uniformado me toma del brazo y me saca del lugar.

La pelota observa mi despedida y le sonrío, mi corazón está por detenerse. Un niño me observa mientras abandono este lugar, tan pobre y miserable en el que se ha convertido. Se escabulle hasta la pelota, y desaparece, desaparezco.

SILUETAS

LUIS RIVERA

Loco como siempre fue, Guille fue al galpón y eligió un terciado de los que había guardado para su tablero de las herramientas y se paró prolijamente sobre él.

-Es éste- se dijo.

Lo llamó al Cabezón para contarle su idea, su aporte para terminar con la pandemia.

-Escuchame- le dijo -Hay que hacer algo para apurar esto porque si no, no vamos a tener fútbol en todo el año. Yo entiendo todo, pero si los hinchas no activamos, nadie va a hacer nada. Ya es 7 de junio.

-¿Y qué podemos hacer nosotros, Guille? Es cuestión del Gobierno, de los dirigentes, de los de Salud. Si ellos no abren el grifo, estamos listos.

-No, tarado. Esto se va a abrir de un momento a otro. Y vamos a dormir y no nos van a dejar jugar. Van a empezar con el tema del protocolo, las medidas de seguridad y tanto cuanto. Tengo una idea- le espetó.

Juntos iban a la cancha desde los 15 años. Época de colgarse de los trenes con tal de ver al Nerazzurro donde jugara. Tiempos del ascenso, de juntar las monedas para pagar la entrada o de entrar a lo guapo y en manada cuando las chirolas no alcanzaban. Ahora, ya pisando los 40 y con el Club Atlético La Plata protagonista de la primera división del fútbol argentino, otro es el cantar: se pagaron una platea, con la que ayudaron a su construcción, y mantienen esa costumbre de ir juntos. Claro está, Guille sigue siendo una pila de nervios mientras que el Cabezón, injusto apodo que trae desde que le regalaron un gorro azul y negro y no le entró, parece haber entrado en la etapa de la tranquilidad no exenta de cierta ansiedad.

-Decime, ¿con qué vas a salir ahora?- se interesó.

-Ahí me va gustando. ¿Viste esto del protocolo de los bancos y de los negocios? Bueno, eso mismo hay que hacerlo en el estadio.

-¿Qué querés hacer?

-No es tan difícil. Para cuando habiliten los partidos de nuevo, nos van a obligar a estar separados y todo eso de la distancia social. Entonces hay que pintar en las tribunas los piecitos de una persona así saben dónde se tienen que parar. En las plateas no hay problema, pero en las tribunas va a ser un despelote. Entonces si nosotros ya tenemos eso pintado, van a habilitar la cancha más fácil-

-¡Vos estás loco! -exclamó el Cabezón-. Eso lo van a hacer desde el club.

-No –estiró la o de manera indefinida para afirmar su idea.

Hablaron un par de minutos más y, como siempre, Guille lo convenció. Quedaron que lo harían el sábado, luego de gestionar el permiso correspondiente de la Secretaría de Obras donde conocía al arquitecto Centeno.

Durante la semana, lo llamó todos los días para definir la idea. Le contó que había dibujado la silueta de un par de zapatos sobre el terciado y luego calado con una sierra para que fuera más fácil la pintura. También le dijo que finalmente eran ocho las tablas que había armado para poder pintar más personas juntas y que por la capacidad de las tribunas, de 12.800 lugares, habría que pintar unas 6.400 siluetas, lo que, a razón de un minuto cada una y por persona, se necesitarían unas doce horas de trabajo y que lo mejor era dividirlo en dos jornadas, en todo el fin de semana.

Le explicó que la idea de hacer una negra y otra azul para que quedara como la camiseta del club la desechó “porque por ahí nos bochan los de la Seguridad. Van todas blancas y listo. Nadie se va a quejar”. Y se puso contento cuando dio detalles de cómo la pinturería Sol Plat le había donado las 10 latas de pintura que eran necesarias.

El fin de semana duró un suspiro y el trabajo quedó impecable. Trabajaron Guille, el Cabe y seis amigos cuidadosamente elegidos, más dos pibes jóvenes que se encargaron de los choris al mediodía y las interminables tandas de mate donde no hubo protocolo que valga.

Cerca de las 18 del domingo, con la tarea cumplida, Guille lo dejó al Cabe en su casa y emprendió el regreso feliz. Cuando la sonrisa le invadía su cansado rostro, la voz de la radio fue tan fría como implacable: el fútbol se había suspendido de manera indeclinable al menos hasta el primer día del año siguiente.

EL TERCETO DE ORO

MARCOS ARIEL CARESIA

Si algo recordaba Mario de su Abuelo Roberto era el ritmo inmodificable y sostenido que utilizaba para relatar formaciones de equipos antiguos. Sospechaba que practicaba a escondidas la métrica y el compás con las que sonarían para que tanto en su propio recuerdo como en el del oyente fuesen inolvidables.

La serie de crímenes lo tocaban muy de cerca. Además de considerar injusta la detención de su hermano algo parecía ordenarse en su mente pero era tan efímero ese orden que no lograba descifrar estos pensamientos. Fue entonces cuando decidió investigar un poco más a fondo cada uno de los crímenes y en particular el que afectaba su círculo familiar más íntimo. Recorriendo durante años las fiscalías había cosechado buenos amigos y fue de esta manera que consiguió cada uno de los expedientes.

Ya con una copia de cada uno de estos y sentado cómodamente en el living de su casa tomó un bolígrafo y comenzó a escribir en orden cronológico los apellidos de las últimas ocho víctimas: Blazina, Vanzini, Basso, Zubieta, Grecco, Colombo, Silva, Imbelloni y ahí todo se aclaró, tal como el sonido de fichas que caen de un tragamonedas, se le vino a la mente en ese instante el ritmo inmodificable y sostenido que utilizaba su abuelo ¡esa voz! que con rítmica y compas relataba: "Blazina, Vanzini, Basso, Zubieta, Grecco, Colombo, Silva, Imbelloni ¡Farro, Pontoni y Martino! ¡La formación del glorioso san Lorenzo de Almagro del 46! ¿Cómo era posible que un asesino en serie siguiera la lógica de dicha formación? Y mucho más difícil aun ¿Cómo podría demostrar semejante hallazgo? Realmente imposible. Al menos con las herramientas con las que contaba en ese momento para investigar.

Algunas cuestiones si tenía en claro: se trataba de un solo homicida que seguía una lógica; la próxima víctima sería sin dudas alguien de apellido Farro y ningún fiscal le creería, pero tampoco se arriesgaría a que un periodista publicara en el diario que había anticipado un próximo homicidio sin ser escuchado. Con toda esta insensata información y un incipiente sentimiento de alivio al día siguiente se dirigió a la fiscalía en donde había pactado un encuentro con el titular de la misma a las diez de la mañana

-Esta conversación no tiene ningún sentido, vayaa y consiga un buen abogado para su hermano- le respondió titubeando el fiscal.

-Lo dejo en sus manos señor fiscal, confío en su buen criterio- y se levantó no sin antes solicitarle que le permita comunicarse con su hermano.

El matutino del domingo salió con el siguiente titular: "*Intentan asesinar al concejal Farro*".

Por este hecho resulto detenido y luego juzgado culpable el reconocido por sus vecinos y buen padre de familia don Manuel Lorenzo Martínez, un jubilado llegado hace 50 años de España. Al poco tiempo confesó haber cometido ocho crímenes y planificado otros tres (once en total) no llegados a ejecutar. Cuando le preguntaron por el motivo de sus actos respondió que todo lo había realizado en memoria de su fallecido abuelo.

Entre fines del año 1946 y principios del año 1947 San Lorenzo de Almagro fue uno (sino el mejor) de los mejores equipos del mundo, en una histórica gira por Europa y entre otros exitosos resultados llego a convertirle trece goles en dos partidos a la selección de España.

No solo la selección española había sido víctima de la goleada del equipo de Boedo en aquella gloriosa gira de 1947. El coronel franquista Lorenzo Martínez (Asesor personal del generalísimo) presenciaba uno de los partidos junto a su pequeño nieto Manuel y en el mismísimo instante del sexto gol santo su corazón no resistió

y cayo desparramado entre la muchedumbre que entendía tan poco lo que sucedía dentro del campo de juego como lo que estaba aconteciendo allí en la tribuna.

Aquella tarde en Madrid San Lorenzo de Almagro alineo al siguiente equipo: Blazina, Vanzini, Basso, Zubieta, Grecco, Colombo, Silva, Imbelloni y el inolvidable terceto de oro: ¡Farro, Pontoni y Martino!

UN PASATIEMPO EXTENSO

LEANDRO AGUSTÍN DI GIROLAMO

Eran las 11 de la mañana del día lunes 4 de mayo, pasó un mes y 16 días de cuarentena. Parecía que fue más tiempo y que los meses duraron 80 días cada uno. La tensión rodeaba en todas las casas. El hecho de estar encerrado por un tiempo indefinido generaba incertidumbre y estrés. Pensar en salir a conseguir lo necesario para subsistir significaba una odisea y un viaje peligroso, tanto que es fundamental llevar protección contra ese depredador invisible.

En los suburbios de la Ciudad de Buenos Aires, cruzando la calle, se veía a un hombre alto rengueando con una bolsa negra en sus manos. Se dirigía a un contenedor de basura frente a su casa. Dentro de la casa había una mujer de una estatura mediana, pelo rizado y con lentes frente a una computadora. Mientras estaba concentrada en la pantalla, se oían los ladridos de dos perras caniches: una de pelo marrón y otra rubia.

Atravesando el pasillo de este pequeño hogar, en un cuarto oscuro, un chico aún dormía. Estaba su televisor prendido, pero no emitía ninguna imagen. Un sonido debajo de la almohada del muchacho lo despertaba, y en un movimiento errático de sus manos intentaba apagar el intolerable ruido.

-Otro día sin fútbol –afirmó con decepción

Al levantarse, sus perras lo recibieron como si no lo hubieran visto hace siglos. Saludó a sus padres y se puso a mirar desde el balcón de su casa la calle. El gran silencio de afuera aún lo sorprendía, en la gran metrópolis del buen aire era costumbre el sonido de autos pasar, pero de un día para otro solo se oían pájaros cantar. La mirada del joven era evidente, no sabía qué hacer.

Buscó diferentes formas de distraerse: leyó libros, vio series, películas, y cansado estaba de pasar todo el día con sus padres. El joven, de nombre Lautaro, regresó a su habitación, donde permaneció acostado, en silencio y con los ojos cerrados. Ya no se escucha el sonido de sus perras, y el tecleo de su madre cesó. De hecho no hay ningún tipo de ruido. Lautaro levanta los parpados, bosteza y se levanta de su cama con dificultad. Las luces de neón molestan su vista, por lo que decide salir de su cueva.

Su barba está descuidada y el pelo más largo de lo normal. Lo mismo ocurre con su casa, la cual parece que no fue pintada en mucho tiempo. Hay escombros de concreto en el suelo y él ni se mosquea. Lautaro, de un armario en la cocina, saca un traje aislante, se lo pone y toma una bolsa de basura. Abre la puerta y sale a la calle, aún más en silencio que antes. Mira hacia ambos lados de la vereda y en un paso sigiloso camina hasta un contenedor.

Para evitar contacto, el contenedor detecta el movimiento, por lo que Lautaro introduce su bolsa sin abrir la tapa. No hay presencia de ninguna persona en el barrio, una escena que a Lautaro le recuerda mucho a El Eternauta, aunque sin nieve tóxica. El vuelve corriendo hasta su casa, el sonido de su traje con el pavimento roto resueñan mucho en el inhóspito vecindario. Al entrar, cierra la puerta con muchos cerrojos y procede a quitarse su ropa protectora.

Más despierto, vuelve hacia su cuarto completamente iluminado. Se sienta frente al computador, se pone auriculares y ajusta su micrófono. Se está preparando para un partido de fútbol virtual, y él es el director técnico de la selección Argentina. Está por jugar las eliminatorias de la próxima copa mundial de fútbol. Todos tienen dudas sobre su capacidad de dirigir el seleccionado, si le gana a Ecuador, clasifica al famoso torneo. En cambio, si se da otro resultado, no hay chance de jugar la competencia.

La Federación Internacional de Fútbol Virtual organiza los eventos, y cualquiera puede tener su equipo, incluso jugadores que fueron reales. Por ejemplo, el más

grande de su tiempo, Messi, se dedica a manejar el Barcelona. Lautaro está nervioso, pero decidido que podrá clasificar al certamen más grande del planeta, aún acechado por un enemigo invisible.

Un cumpleaños

JEHIEL AGUSTÍN OJEDA

—¡Hey! Animate que hoy es tu cumpleaños.

—Vos sabés que no me gusta esta fecha, además estoy complicado con la tesis de la facultad, tengo legajos que entregar en el laburo y para completar, vienen mis padres junto con mi abuelo de Buenos Aires.

—¿Qué pasa con la tesis?

—Andá que llegás tarde, hoy a la noche te cuento —cuando se encontraban a media cuadra Corman recordó, giró sobre si y gritó hacia atrás— ¡No te olvides la cámara que hoy hay un eclipse!

—Más tarde en la casa de Corman —suena el timbre.

—¡Pero que buen mozo está hecho mi hijo!, lo heredaste de mi por su puesto —exclamó Martina con una sonrisa y abrazándolo.

—¿Qué tal estuvo el viaje?, ¿y el abuelo?, vení pasá-

—Ahí está con tu padre, se quedaron hablando como siempre del pasado.

Volvió a sonar el timbre y al abrir Corman se encontró a su abuelo y a su padre abrazando a Lex por el cuello.

—Veo que ustedes dos no se han olvidado eh — dijo Corman sumándose al abrazo de aquellos dos con un sonrisa.

—Entrados en la noche luego de horas de charlas y risas, Corman recordó un tanto exaltado:

—¿¡Trajiste la cámara!?

—Tranquilo, está en la mochila —le contestó Lex con suma tranquilidad.

—Pero bueno, qué producción para unas simples fotos de cumpleaños —dijo cómodamente sentada en el sillón Martina.

—No vieja no es para eso, hoy a las 22:35hs va a ocurrir el eclipse total de la luna; la última vez que ocurrió fue en 2014, hace 98 años.

—¿98 años? Si que se hizo esperar, ¿o no? —dijo Dante tratando de buscar una complicidad burlona en el abuelo.

—Rápidamente cayó sobre él la mirada incisiva de Martina, equivalente al reto que recibe un niño luego de una travesura. El silencio se hizo presente en la mirada del abuelo por un minuto.

—2014, que recuerdos che. No porque los haya vivido, va, digamos que, si los viví, a través de las historias de tu bisabuela —dijo el abuelo finalizando su oración con su mirada puesta en los ojos de Corman.

En la mirada de todos se formó la misma duda: ¿Preguntar o no preguntar qué pasó en 2014?

El valiente fue Corman:

—¿Qué pasó ese año abuelo, querés contar?

—No hace falta papá —interrumpió rápidamente Martina.

—Tranquila hija. Si Corman, como te habrán contado en la primaria antes existían los deportes y, como tu madre imagino que te habrá contado, tu bisabuelo fue un deportista.

—Si lo de los deportes lo se, pero lo segundo... No tenía idea —contestó Corman echando una mirada dubitativa a su madre.

—Yo aún no había nacido, pero por ese año se disputaba el mundial de fútbol en Brasil y tu bisabuelo representaba al país entre los jugadores.

—¿Ese no es el mundial que perdimos en la final? —acotó sorpresivamente Lex.

—Efectivamente. Ojalá el resultado hubiera sido otro —le respondió el abuelo

—¿Por qué? —preguntó Corman sumamente intrigado

—Porque a principios del siglo XXI con el auge de internet, era imposible pensar a los deportes sin la intervención de este.

—¿Y eso qué tiene que ver? —insistió Corman.

—Basta hijo. Vos papá también, este no es un tema para hablar en un cumpleaños —dijo Martina en un tono terminante.

Más tarde esa noche, los familiares se habían retirado y Corman junto a Lex se encontraban guardando el trípode de la cámara:

—Che que loco la conversación con tu abuelo, me dejó con la intriga. ¿Qué habrá pasado?

—Yo no me podía quedar con la duda, cuando vino a fumar un cigarrillo acá afuera, lo seguí y le pregunté.

—¿Y qué te dijo? —preguntó sorprendido Lex

—Después de perder esa final que nombraste, las cosas no fueron bien. Por lo que me dijo, él bisabuelo era bueno y no tenía nada que reprocharse, pero hubo personas que depositaron sus esperanzas en un juego estúpido y transformaron esas esperanzas en odio. —se tomó del barandal del balcón cobrando unos segundos de aire— Mi bisabuelo soportó la hostigación virtual los primeros años. Pero tanto aguantar odio ajeno solo produjo un odio propio que lo consumió por dentro en silencio y lo empujó al suicidio.

Se quedaron en silencio por un momento:

—No sé que decir amigo.

—No hace falta responder nada —despidiéndolo— perdón que no te diga para que te quedes, pero tengo que arrancar con la tesis.

—Con todo esto no pudimos hablar de eso, ¿Qué problema tenías?

—Nada, no sabía que temática abordar, pero ya está no te preocupes.

Se despidieron con un abrazo y enseguida comenzó a trabajar en una tesis dedicada a su bisabuelo Gonzalo Higuaín.

VUELT@

LAURA CORRIALE

En el día en que se festeja el segundo aniversario del final de la mortal pandemia que azotó al mundo entero, se celebra la septuagésima sexta reunión del Movimiento de Avanzada por el Fútbol Ideal Argentino en su sede de la Ciudad de Buenos Aires.

Las demás actividades ya regresaron a sus habituales rutinas. Sin embargo, en el fútbol es diferente. Los más destacados dirigentes acordaron que el balón volverá a rodar solo cuando las condiciones estén dadas.

Como sucede habitualmente en estos encuentros de intelectuales, los integrantes de MAFIA harán lo posible para que, de manera desinteresada y altruista, todas las instituciones participantes del próximo certamen posean las idénticas condiciones, presupuesto y posibilidades de desarrollo en la competencia.

Los mandatarios se ubicaban en una mesa larguísima. Era inaceptable que alguien estuviera ausente, ya que atentaba contra el enorme prestigio de la entidad. El único detalle era que los oradores estaban en el medio de la habitación. Aquellos que se sentaban en los extremos de la tabla quedaban tan lejos que era imposible oírlos. Por total obra del azar, los dirigentes más pudientes conseguían siempre los asientos centrales.

El primer orador de la tarde fue Rolando Estecone, Presidente de Aguileños FC, con su inconfundible voz ronca. *"A ver... Repasemos. Rosario, traeme el cuaderno ese. No, ese es el de los números, nena. Hace dos años y no te lo aprendés, querida..."* La eficiente secretaria, Rosario Álvarez, se acercó al disertante con el Orden del Día.

"Bueno, la otra vez el último reclamo fue el de Juan Carlos. ¿Anda por ahí? Escuché que el primo cayó en cana de nuevo".

Un hombre flaco levantó su brazo y habló. *"Sí, Rolo, acá estoy. Juan ya no zafó más, la dejé a mi jermu tirando unos pelpa así yo podía venir",* explicó el pope de Atlético Libertadores.

-Fenómeno, fenómeno... –continuó Estecone– Lo que decías el otro día era que tu club no tenía problema en jugar partidos de noche, mientras no caigan los fines de semana o feriados porque el tránsito era un quilombo.

Ricardo López Urrieta, Secretario de Andinos, dejó en claro su postura. *"Nosotros ofrecemos la cancha, Rolo, la tenés pegada a la autopista. Llegás bárbaro de todos lados. Jugamos el torneo ahí y listo, una comodidad tremenda, en cualquier horario. El alquiler lo dejamos casi regalado".*

- No está mal –Altavista tomó la palabra– Mi primo tiene una empresa de transportes de media distancia. Unos precios de locura. Arreglamos ese servicio y te llegan todos a horario, una barbaridad.

-Por mí la cancha de Ricardo está muy bien, pero medio que no se ve un carajo. Yo consigo la iluminaria por dos mangos– propuso Alan Igarzábal, el joven Tesorero de Aliados.

Los sacrificados ofrecimientos se escuchaban sin cesar por parte del sector central de la mesa.

-Sí... Pero los vestuarios están hechos mierda, déjate de hinchar, Juan Carlos. Hay que hacerlos a nuevo. Mi constructora los termina en una semana. Una pinturita, nivel europeo, ¿eh? Nada de esa berretada que hacen acá. Y te salen lo mismo.

- ¿Y la pilcha? La otra vez me visitó uno de Rangers. Te da la ropa y te cubre lo que hay que darles a los muchachos. Dijo que va a ser muy atento si lo elegimos.

Los acuerdos llovían. No paraban de oírse maravillosas ideas de mejoras. Era el día. El fútbol por fin iba a regresar.

- *Señor...* -Rosario estaba en la habitación, cada vez más cerca de Estecone, que no la oía por la emoción que le daba esa enorme cantidad de acuerdos- *Señor...*

- *¿Qué querés, nena? Te dije que no me interrumpas los arreglos. ¿Qué querés?*

- *Que llamaron de la organización mundial recién. No van a bajar plata este mes por la investigación del FBI. Dicen que no hay fútbol, pero se está gastando un dineral igual y no saben en qué carajo se gasta.*

Era intolerable. ¿Sospechar de su buen nombre? Los dirigentes estallaron de ira al grito de "*¿Cómo que no hay un mango?*".

Y otra vez, porque el poder mundial lo impedía, el fútbol argentino debía seguir esperando para regresar.

LA CORRIDA

NICOLÁS EL LAKKIS

Eduardo Constantini vivía solo. Era soltero y sin hijos. El aislamiento obligatorio se había vuelto costumbre para él y para toda la población desde aquel fatídico verano de 2020. La mayoría de las personas trabajaba desde sus casas. Los espectáculos deportivos habían sido suspendidos unos años atrás. También la actividad física intensa había sido prohibida para todos los ciudadanos, luego de que un grupo de científicos alemanes descubriera que el sudor aumentaba exponencialmente las chances de transmitir un virus.

Eduardo se consideraba a sí mismo un ciudadano correcto. Nunca salía de su casa sin su barbijo y su mascarilla plástica. Aquella fresca mañana de otoño salió a hacer las compras permitidas, tres veces a la semana. Su reloj digital marcaba una velocidad permitida por el gobierno de 4 km por hora.

Mientras caminaba, al hombre le llamó la atención una mujer que en la vereda de enfrente discutía con su hijo. El pequeño quería soltar la mano de su madre mientras lloraba desconsoladamente. Ella no lo soltaba, e insistía con que era peligroso que anduviera solo por la calle.

De pronto, el niño tironeó con tanta fuerza que por fin logró soltarse del brazo de su madre. Al instante salió corriendo hacia la esquina, queriendo jugar una carrera, ignorando que lo que hacía estaba prohibido por las leyes vigentes. La vereda era angosta y los automóviles pasaban a alta velocidad. Su madre gritó desesperadamente, y al ver que el niño corría fuera de su alcance, se lanzó tras él.

Eduardo no podía creer lo que estaba viendo. Su frecuencia cardíaca aumentó tanto que su reloj comenzó a sonar en señal de alerta, pero comprendió que no po-

día hacer nada por ayudar a esa pobre madre. De otro modo, él también tendría que infringir la ley, superando la velocidad máxima.

Un grupo de cuatro policías en la otra esquina también observaron sorprendidos la escena, y vieron al niño correr directamente hacia ellos. La mujer había excedido el límite de velocidad por más de cinco segundos, y sus gotas de sudor eran visibles a metros de distancia. Dos policías rodearon al niño mientras los otros dos hacían lo mismo con su madre. El pequeño entró en llanto sin comprender la situación.

Uno de los uniformados le informó a la mujer que tanto ella como su hijo habían violado las leyes vigentes respecto a la prohibición de practicar actividad física. La mujer intentó defenderse, alegando que lo único que había querido era resguardar a su pequeño. No hubo caso. El policía continuó explicando, con llamativa calma, que ella iría a la cárcel y se le iniciaría una causa penal, mientras el muchacho era perdonado por ser menor de edad.

Eduardo no podía creer lo que estaba viendo. Una madre que había querido cuidar a su hijo estaba siendo arrestada por un injusto motivo. Sin pensar demasiado, el hombre cruzó la ancha avenida corriendo. El policía que estaba junto a la mujer pareció advertirle algo desde lejos.

Al llegar, Eduardo dijo que no quería herir a nadie, pero que estaba enfermo con COVID- 22, y su intención era que los policías dejaran libres a la mujer y su pequeño. El virus mencionado era altamente letal y contagioso, sin cura disponible hasta ese momento.

Eduardo se acercó a los oficiales en actitud desafiante. La madre y el niño miraban perplejos la escena. Los policías le advirtieron al hombre que podía ir preso varios años por lo que estaba haciendo, pero Eduardo parecía decidido, y avanzó al punto de alejar a los uniformados, que lo miraban fríos del miedo.

“Vamos”, dijo finalmente a la madre y su hijo. A continuación los tres se alejaron caminando. Al llegar a la esquina, voltearon para observar al grupo de policías, que permanecieron inmovilizados.

Eduardo le aclaró a la mujer que no estaba enfermo de COVID-22. Ella y su pequeño doblaron unas cuadras más adelante, dándole las gracias por su valiente acto.

Él se alejó con su barbijo y su mascarilla bien puestos, sintiéndose pleno por volver a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad.

YA NO SIENTEN LA PASIÓN

PERLA ANTONELA FERNÁNDEZ

Fue de un día para el otro que todos se confinaron en las casas, el gobierno anunció la pandemia, las calles quedaron vacías y con el tiempo los rostros cubiertos con tapabocas solo dejaban ver los ojos. Ahí empezaron las despedidas, fue el primer adiós a las expresiones faciales, luego un abrazo o el saludo con un beso fue letal, ni el más pesimista creyó que en algún momento se iba a perder esa costumbre.

El paisaje no volvió a ser el mismo, las calles están vacías, los bares cerrados y los clubes ¿Qué pasó con ellos? Ya no se ve nadie en las inmediaciones, no hay niños, ni adultos, el silencio, la tierra y las hojas secas se apoderaron de aquellos lugares de encuentro donde solo quedan recuerdos, sonidos e historias.

Las celebraciones de victorias son huellas vivas en la memoria colectiva de un pasado pasional, las hazañas, proezas de los héroes del deporte serán recordadas por los que vivieron el momento, sabiendo que jamás nadie volverá a hacer lo mismo.

Los guantes están colgados en el rincón del ring, la pelota pulpo está en un rincón, la ovalada arriba de un ropero, la naranja ya no pica, también esa blanca que no se podía patear y se pasaba en el colegio por encima de la red está escondida dentro de una caja, todo descansa eternamente, son sólo recuerdos confinados en las casas de los que tuvieron la suerte de conocer los deportes.

Los diarios y revistas no tienen las crónicas emocionantes de partidos, los radios no anuncian los próximos encuentros, no hay más afiches de peleas de box, en la tv, nadie más discute sobre quien es titular o suplente, si era offside, o si ese triple fue marcado sobre la hora porque el jugador consiguió la falta en el último instante, ya no hay más transmisiones de nada.

Pasó el tiempo de la última vez que se abrieron los estadios, perdón "las segundas casas" como se llamaba a esos colosos que solían estar llenos de multitudes exaltadas, esperando por los veintidós que se enfrentaban el domingo y se quedaban con los tres puntos en juego, donde había que llegar a horario, pasar los cacheos y llegar al molinete para apoyar la entrada y que se prendiera el tilde verde para vivir el sueño.

Hoy esas tarjetas magnéticas, que se les llamaba entradas, están ahí, en un cajón. Son variadas, se acompañan de fotos, tienen fechas, nombran a rivales y con tan solo verlas traen a la memoria el recuerdo de los momentos vividos, los abrazos, gritos de gol, los amigos y mil historias que encierran esos rectángulos plásticos son el último recuerdo.

Vuelve a pasar cada uno por su "casa" y ahí está vacía, en el mismo lugar de siempre, donde al verla las lágrimas recorren las mejillas, el corazón se acelera porque aún sigue el deseo eterno de volver aunque la realidad diga que es solo un sentimiento, una utopía y que ese pasado no volverá.

Todavía siguen vivos para quienes vivieron esos tiempos de libertad, los recuerdos de las camisetas, los colores de tu pasión que amaste con locura y están desteñidos por el correr del tiempo, ya nadie entiende de la rivalidad y las chicanas no tienen sentido, el sueño del pibe no es más consagrarse en Primera y los posters del campeón son la reliquia de los viejos, no se supo más ni siquiera que fue de la vida de esas caras y nombres que movieron a millones.

La tradición se terminó, las charlas no se inician con un ¿de qué equipo sos hincha? Nadie habla del resultado del partido, las copas y trofeos que eran la obsesión de hinchas y deportistas, hoy son tan solo kilos de metales preciosos detrás de vitrinas cubiertas de polvo, ya no tienen resignificación, sólo los sobrevivientes de los buenos tiempos saben lo que eran.

Ya no se regalan más guantes, pelotas, palos, raquetas, fueron reemplazados por los joysticks, los cantitos, las hinchadas, banderas y papelitos son el cotillón gráfico y grabaciones de los videojuegos, los niños y jóvenes de hoy no saben de lo que les estamos hablando, su atractivo son pantallas ya no sienten la pasión.

INCONSCIENTE COLECTIVO

ANDRÉS TULA

¿Qué fue eso? Un murmullo envolvente y en ascenso me inundó el cuerpo hasta estallar en un grito que me despertó. Parecía una voz solitaria a lo lejos, pero fue creciendo hasta convertirse en una ola que se aproximaba desde los cuatro costados. Fue tan familiar. No puede ser una voz, nadie alcanza ese tono sin que algún policía imponga su actitud represiva, pero sonaba a multitud, muchedumbre, masividad, cosas que hace rato no se producen.

El sueño también fue raro. Parecía una película de Tarantino donde capítulos distintos entre sí buscaban llevarme a una respuesta final que los vinculaba. El primero transcurría en una selva, había animales salvajes que se enfrentaban a lo largo de una pradera; unos eran de color grisáceo, otros rojo sangre. En la cima de la colina, con ciertos aires de superioridad, estaba uno de los animales rojos con gestos de preocupación ante la paridad del enfrentamiento. Ante esto, le hizo una señal a los cuervos que sobrevolaban la pradera, y estos comenzaron a atacar a los animales grises, llevándolos a una derrota inevitable. El más corajudo de los animales, antes de escapar, orinó sobre el asiento del líder de los rojos.

Mientras el animal se aleja la imagen del sueño comenzó a desarmarse. Sentí presión en los ojos y mis brazos parecían entumecidos mientras alguien me obligaba a caminar, todo esto en la completa oscuridad y con voces ahogadas que sonaban a ambos costados. De pronto una luz blanca me encegueció. Traté de recuperar algo de visión pero lo único que logré ver fueron once personas unidas por unas cadenas haciendo la mímica de levantar algo. Quien sostenía las cadenas sonreía y señalaba a las personas una y otra vez con su mentón, hasta que su mirada se posó sobre mí y todo volvió a oscurecerse.

“Levantate, dale, es ahora” escuché mientras sentí el brazo de alguien que me ayudó a ponerme de pie. Una tormenta de estruendos sacudía el alrededor, pero esta persona jamás titubeó en seguir el camino. Con los constantes problemas de vista que estaba sufriendo a lo largo del sueño, dudé de lo que observaba a la distancia, pero no había ninguna duda que los animales salvajes rojos estaban ahí otra vez, pero esta vez no atacaban a animales grises, sino que se abalanzaban sobre nosotros. Bajo un cielo plomizo y un frío penetrante, corrí junto a esta persona que no sólo esquivó a cada uno de esos animales, sino que también tomó la mano de cada persona vestida de azul y los defendió mientras su cuerpo se hacía más y más grande.

El sueño quiere decirme algo. Cada capítulo recopila recuerdos que mi mente tiene bloqueados. El animal rebelde ante la trampa, el malvado con cadenas y un héroe gigante. Otra vez ese sonido, ahora me ataca despierto. Siento cómo en mi cabeza va creciendo, mientras alguien se acercan a mi puerta. Aumenta el barullo y se aproximan los pasos. No es un rebelde animal gris, es un volante furioso. Golpean con vehemencia la puerta. No es un malvado con cadenas, es un represor que se llevó miles de vidas. Comenzaron a empujar la puerta. No es un héroe enorme, es un Dios. Los policías están frente a mí, pero antes de sufrir una nueva amnesia, levanto mis brazos y les entregó un enorme grito de gol.

LO QUE NO CORRESPONDE

FELIPE ALONSO

-Menos mal que nada podía salir mal, Muque y la reconcha de tu madre- gritaba Budó apretado en el asiento de atrás del patrullero, esposado y tan transpirado que parecía salido de una pileta pero convencido en que la falla del plan era que no lo había hecho él. El Muque estaba tirado con la frente contra la ventanilla y repetía -mi abuelo me mata-.

Y tenía razón en preocuparse porque en tremendo kilombo había metido al pobre de Don Diez, que a sus 95 años le había dejado la mejor parte de su campo, con la casa venida a menos, pero amplia y a su modo lujosa, la pileta inmensa con un trampolín tan alto que desentona con el ambiente rural y desafía a los más valientes.

Cuanto se iba a desilusionar cuando supiera que era lo que hacía el Muque en ese galpón, con tantas luces, tan tapado con telones. Con eso lo había convencido, con un sistema de producción inteligente que combinaba la cantidad justa de agua, con la plena oscuridad, los súper reflectores y la alfombra y que se cuánto.

Si se lo habían advertido a Don Diez, que no le convenía. Que era mejor otro nieto, Cristián por ejemplo, que además era Ingeniero agrónomo. Hasta le dijeron que Eugenio -jamás permitió que se lo llame "el Muque" enfrente de él- alquilaba el casco de la estancia por Airbnb, pero no quiso escuchar.

Cuando llegaron a la comisaría de Olavarría al Muque le pareció que los patrulleros eran 10 o 12. Si subieron a dos por auto, en 6 autos estaba todo el grupo, pensó. ¿Y los demás? la imagen de su abuelo esposado le dolía más que la tetilla donde

justo, justo, le vino a dar la taser que lo derribó cuando corría en cuero, ajeno a lo que sucedía afuera.

Fue ahí que todos se dieron cuenta que habían perdido, cuando cayó el Muque al suelo, de frente y sin poner los brazos, con las rodillas vencidas como los boxeadores que tocan la lona y los árbitros enseguida hacen la seña de que no va más y el otro va a subirse a las cuerdas y con los brazos en alto grita que es el mejor y que va a noquear al que le pongan enfrente.

Cuando entraron a la Comisaría, a Nacho le pareció escuchar que los de recepción detrás del vidrio llamaban a otros policía para que vengan de raje, que había que estar. Los pusieron a los 12 contra la pared y un robot que parecía un tanque de guerra en miniatura, los recorrió de arriba abajo, uno por uno, con un scanner de una fuerte luz roja. Cuando terminó con todos, volvió y repitió el procedimiento con Sebastián que increíblemente se encontraba esposado con guantes.

Por la misma puerta que salió el robot, entraron dos policías que disfrazados de eternautas les quitaron las esposas y con dos mangueras como de bombero los rociaron con bastante maldad con un líquido espeso que dejaba un sabor casi tan desagradable como cuando te revuelca una ola y tragas agua, arena y vergüenza y no volvés ni a mojar te los pies por el resto de la tarde.

Ahí estaban los 12, parados y empapados. Uno al lado del otro contra una inmensa pared blanca, ordenados alfabéticamente aunque ninguno lo notó. Una luz incandescente los apuntó directamente a la cara y a Juan Ignacio se le vino a la mente la imagen de la liebre que se quedó seca en frente de su auto cuando entraban al campo y después en pedazos en su paragolpes. Había sido hoy mismo y hasta hace menos de una hora su única preocupación era cuanto le iba a salir el faro antiniebla que rompió.

Justo cuando sus ojos se empezaban a acostumbrar a la luz, una voz salida de una cara que apenas detallaban se presentó como comisario Britos y leyó rápida-

mente la serie de delitos de los que se los acusaba y les ordenó que dieran un paso al frente cuando escucharan sus apellidos. Salvador fue el primero, que confirmó su número de domicilio, su soltero de estado civil y su dirección en Bragado.

Luciano fue el segundo que movió lentamente sus piernas y confirmó sus datos. El comisario se acercó y los 12 pudieron ponerle cara a esa voz que chequeaba datos pero anunciaba problemas. -Todos son unos boludos grandes, de más de 40. Pero vos además de ser el más viejo, sos el que tiene más cara de delincuente, sacate esos tatuajes Altamirano, ¿querés?- lo desafió Britos.

Milton fue el siguiente en confirmar que eran suyos el número de DNI y la dirección en Berazategui. Estaba tan nervioso que parecía que bailaba con sus hombros y rodillas y se reía mostrando sus paletas separadas a las que atribuía un insuperable poder de seducción, siempre enmarcadas por su histórico bigote perfectamente teñido de negro aunque a todos le jurara que era su color natural.

Cuando fue el turno de Budó, los 12 notaron que estaba llorando. Asintió los datos sin escucharlos mientras repasaba una y otra vez el plan en su cabeza y buscaba cual había sido la falla, como los habían encontrado. ¿Los habrían seguido a ellos desde que salieron de La Plata? era difícil, tres autos, tres rutas diferentes. Cargaron nafta y pagaron en efectivo. Él mismo se encargó de que nadie se mostrara de más en la estación de servicio. Incluso evitó justo a tiempo que Luca le diera su teléfono a la chica que en la YPF le vendió unos anteojos de sol baratos.

A Budó le constaba que los 11 que viajaban hacia Olavarría tenían los permisos en su aplicación. Incluso tenía constancia Martín, que en una actitud más que reprochable, se había bajado del plan la noche anterior argumentando que tenía familia, que le parecía demasiado arriesgado y que le dolía la rodilla.

Después fue el turno de Nacho, que se repetía para adentro que iba a ser el preso más pelotudo de todos porque estaba ahí por algo que encima tampoco le gustaba tanto y que casi toda su vida le había sido ajeno y que era terrible el costo

que terminaría pagando solo por pertenecer, por no perderselá. Pensaba que sería la nueva vergüenza de Necochea, como hace 10 años el boludo del babyshower.

Sebastián, que era el único de pantalón largo y ya sin los guantes, confirmó sus datos y su dirección en Mar Del Plata. Pensaba en que a los años en cana que se le venía por esto, tenía que sumarle algunos más por las plantas que iban a encontrar cuando allanaran su casa. Pero lo que más le dolía era imaginar que se las iban a fumar los policías.

Cuando fue el turno de Juan Ignacio de confirmarse, el comisario le preguntó si sabía que estar utilizando ropa con colores, escudos y simbología prohibida era un agravante. Se miró vestido de azul y amarillo y respondió que sí y hasta pareció orgulloso.

Se le notó la cara de sorpresa al comisario Britos cuando notó que el mayor de los hermanos que tenía enfrente según documento era el menor de estatura. Para colmo Francisco con sus más de 45 años estaba físicamente impecable, con el corte de pelo de los jóvenes y se lo veía ser uno más de ellos en el streaming de la Bresh, con bastante dignidad. Hay quienes lo criticaban por esto y por tener una novia 23 años menor, pero él es feliz y en su familia a Amparo la adoran, incluso su hija la quiere desde los 6 años, ya que fueron juntas al colegio.

Facundo todo lo contrario. A partir del segundo año de aislamiento se afincó en una chacra por la zona de Sicardi y hoy 8 años después se enorgullecía de vivir de lo que producía, comer absolutamente sin TACC y sin colorantes.

Ya no se parecía al flogger de acento mezclado que llegó de Nicaragua a los 18 años a estudiar periodismo a la Universidad Pública y decía elegir sentarse en primera fila del aula anfiteatral para no dormirse y se dormía una hora y media en la cara del profesor Ciappina y enfrente de todos sus compañeros, que a pesar de eso 5 años después reventaron las urnas para elegirlo presidente del centro de estudiantes. Los

12 que estaban ahí parados habían trabajado empapelando la facultad con carteles que decían "en la facu, Facu".

Tampoco se parecía al Facundo de los 30, de bigote fino y propensión a las piñas. Era un señor de 40 pero puro pelo, que se mezclaba con la barba y que iba desde la frente y las patillas, pasando cerca del ojo, pero también salía desde adentro de la nariz y parecía comerle los labios y cubrirle el cuello uniéndose con el pecho y quizá la espalda, todo absolutamente blanco de canas.

Los ojos negros sobresalían tanto que te dejaban saber que todavía era Facundo, que era posible que en el fondo extrañara las harinas mucho más de lo que decía y que de todo este grupo de buenos tipos, seguía siendo el de mejor corazón.

Luego fue el turno de Luca, que dio el paso adelante y su remera blanca todavía empapada dejaba ver apretada y traslucida una panza que hacía justicia con su vida de dueño de la mejor pizzería de La Plata. Respondió como si en el fondo algo lo divertiera. Como si a pesar de todo lo que estuviera pasando y lo que se viniera por delante, todavía tuviera motivos para estar contento. Nacho lo miró con desconfianza y se dijo para adentro que seguro todavía no había caído.

Carlos dio un paso enfrente y rechazó la dirección de su documento. Dijo que independientemente de lo que dijera ahí, e incluso con él viviendo en otra parte, su casa siempre sería 1 y 57.

-Por último, el crédito local- presentó irónicamente Britos al Muque que todavía en cuero dejaba ver la vejez de quien en su plenitud había sido por mucho el chico lindo del grupo, el encargado de acercarse a las chicas en los boliches e intentar sacar charlas y abrir la puerta del resto, labor que le valió también el mote de Irizar, el rompehielos. Lamentablemente, el Muque no era infalible y aun cuando lograba su cometido, convenía descartarlo conforme avanzaba la noche y los tragos si uno quería evitar situaciones incómodas o peleas.

El Muque sintió que ese breve interrogatorio era una experiencia cercana a la muerte, así que no escuchó nada de todo lo que dijo el comisario y continuó repasando su vida desde el jardín de infantes y concluyó que en situaciones límites el cerebro solo te permite guardar un recuerdo y escogió quedarse con el día que logró besar a una colorada de la facultad que era tan linda como las que salen por televisión.

Cuando miró a sus costados estaba con sus 11 amigos más amigos. De diferentes lados y de una misma facultad. Él los había convencido a todos de hacerlo, que no pasaba nada. Que era el campo del abuelo. Él mismo les había indicado tres rutas diferentes para llegar a Olavarría y a todos les había hecho el permiso para que pudieran circular. 4 venían a reparar todos los alambrados del campo. 4 venían a presupuestar un sistema de riego automático, con empresa oficial y todo. Los últimos 4 eran socios de un fondo de inversión que pretendía comprar un campo. Se encargó de que esos vinieran en el auto de Sebastián, que hacía la historia creíble.

Dos años de trabajo en el campo para ese día. Todo solo, para no dejar testigos. Guardar peso por peso, comprar los insumos en diferentes lugares, para no levantar sospechas. Trabajar con diferentes herreros. Cuidar con tanto amor para ver que el verde empiece a crecer. Y ni hablar de cuanto le costó conseguirla.

Aprendió a navegar en la deepweb y seguro que le dejó a su notebook consecuencias irreparables pero logró pactar un encuentro en plena ruta 226 y la pagó carísima, pero la consiguió.

Por teléfono hablaron lo justo y necesario y en estricta clave. Diez años después, de Calamaro, era la canción. Y que había que hacerlo, que lo necesitaban. Tantos años. Era una vez sola, para darse el gusto y después de nuevo, taza a taza, a seguir con las normas, como siempre. Todos adultos responsables, muchos padres de familia.

El día había sido hoy. Todos salieron a estricto horario y muy temprano. Incluso Luca. El plan era simple. Cada uno guardaba lo suyo en el hueco de la rueda de

auxilio, arriba la manta, arriba los bolsos y las herramientas necesarias según habilitación. Milton cargó en el baúl 3 maletines prestados que llenó con impresiones de planillas de Excel sin sentido y gráficos de torta que creyó que haría la versión de poder comprar un campo más creíble para pasar los controles.

El auto de Sebastián llegó a horario, el de Facundo diez minutos antes y el de Budó quince minutos tarde porque Luciano pidió bajar al baño tres veces. Todos pasaron los controles perfectamente, habilitados, sin síntomas. Todos se encontraron con el Muque que estaba en la puerta del galpón desde hacía media hora, pero esperando el momento desde hacía años y aunque no correspondía, se abrazaron.

Catorce cuarenta y cinco y luego de que todos mearan en las plantas, entraron al galpón. Y aunque el Muque les había dicho poco, les había prometido mucho pero nadie esperaba nada. Por lo que la obra de arte que había construido los impactó el doble. Independientemente de lo que diga la policía, lo que había en ese galpón era una obra de arte. Un culto, prohibido bajo pena severa, es cierto, pero ¿es eso justo?. Así que sin preámbulos y con equipos asignados empezaron.

Cuando el Muque cayó al suelo el reloj de luces rojas suspendido en medio de uno de los lados del galpón marcaba las quince treinta, justo arriba de otro igual con dos números cuatro. Cuarenta y cinco minutos. Y los primeros fueron incómodos y graciosos. Hay algo de goce en lo ilegal, es la mandarina más rica que comiste en tu vida, la que le robaste a Cervera, el verdulero de enfrente de la escuela. Luego se puso riguroso y hubo momentos de tensión. En definitiva, momentos felices, de esos que por estos tiempos ya no abundan.

Cinco minutos antes del Muque en el suelo, los patrulleros entraban a toda velocidad al campo de Don Diez y adentro del galpón cada cual hacia lo suyo como si fuera cosa de todos los días. Luca, como siempre, el mejor. Pero Facundo y Sebastián sabían lo que hacían y el resto acompañaba, con aciertos y errores, con algún lujo.

Con la policía y sus luces rodeando el galpón los doce tipos de adentro no saben que existen ni en el campo ni en el mundo nadie más que ellos. Por eso cuando la policía entra los encuentra sin poder defenderse y lo agarra al Muque en cuero, con las manos en la masa o los pies en una pelota y en medio de un contraataque por la izquierda que solo la policía con su taser podía impedir que tirara el centro y sea gol de Budó.

Eran once hombres viejos en pantalones cortos y uno de jogging negro, buzo con hombreras acolchadas y guantes. Uno vestido todo de Boca, uno con la remera blanca de Independiente, otro que vino con tapones de aluminio a pesar de estar prohibido con el argumento de que todo en sí estaba prohibido, uno tenía una remera de Dybala, los que estaban en cuero y los demás son una hora después 12 tipos detenidos en una comisaría de Olavarría.

Los doce estaban en una sala y casi todos hablaban, algunos gritaban, ninguno escuchaba. Facundo era el único que permanecía callado. Su pelo y su barba larga le daban un aspecto de guía espiritual que contrastaba con su camiseta del América de México en honor al Chavo del 8. El Muque intentaba hablar con todos y todos menos Facundo le gritaban cosas inentendibles.

Y así como el Chavo en la escuela quedaba diciendo solo algo fuera de lugar cuando sus compañeros de aula se callaban, Nacho ofuscado por la paz de Facundo se preguntó en voz muy alta qué pensaría pero lo llamó "este hippie pelotudo" cuando la sala hizo silencio y Facundo levantó la mirada y por fin, habló.

-10 años sin jugar a la pelota. Y ahora, no sé. Con suerte nos dan 12 años. Con buena conducta, en 6, 8, estamos afuera. Es mucho tiempo. Y la verdad, es una cagada que haya terminado en empate-.